

A black and white photograph of a tropical landscape. The foreground is filled with large, broad-leafed plants, possibly coffee or cacao, with some leaves showing signs of being eaten. The background shows a dense forest covering a hillside, with a bright, hazy area in the distance. A large black circle is overlaid on the right side of the image, containing the text 'Zona de Despeje' in white. The circle has a thin white border and is divided into four quadrants by thin white lines.

Zona
de
Despeje

Visite la emocionante página de Tyndale: www.tyndale.com

TYNDALE y la pluma del logotipo de Tyndale son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Zona de Despeje

Fotografía del helicóptero © por Ozkan Uner/Stockphoto. Todos los derechos reservados.

Fotografía del rostro de la mujer © por Veer. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la montaña © por image 100/Media Bakery. Todos los derechos reservados.

© 2006 por Jeanette Windle. Todos los derechos reservados.

Diseño: Luke Daab con Dean H. Renninger

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: José Luis Riverón

Anteriormente publicado en el idioma inglés en el año 2002 bajo el título de *The DMZ: A Novel*. Kregel Publications. ISBN 0-8254-4118-8.

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de *La Nueva Versión Internacional* de la Biblia © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usada con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los sucesos descritos son imaginarios. Los escenarios y caracteres son ficticios y no intentan representar lugares específicos o personas vivientes o fallecidas. Cualquier semejanza es accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editorial.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Windle, Jeanette

[DMZ: Spanish]

Zona de despeje / Jeanette Windle

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1278-1 (sc)

ISBN-10: 1-4143-1278-4 (sc)

1. Americans—Colombia—Fiction. 2. Missing persons—Fiction. 3. Colombia—Fiction.

I. Title.

PS3573.I5172D5818 2006

813'.54—dc22

2006022775

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

12 11 10 09 08 07 06

7 6 5 4 3 2 1

Prefacio

Terminé el borrador de *Zona de Despeje* la mañana del 11 de septiembre del 2001 sintiéndome contenta porque mi investigación había sido lo más minuciosa posible, aunque también estaba consciente de que este libro es una obra de ficción. Luego, puse las noticias. Una frase que había escrito recientemente para mi protagonista repentinamente adquirió importancia: “Aquellos que no están dispuestos a derramar su sangre y a morir por lo que aman, siempre serán rehenes de los que sí lo están”. A menos que nosotros, los que hemos heredado el extraordinario privilegio de vivir en una sociedad libre, estemos dispuestos a sacrificar nuestra propia vida en defensa de aquellas libertades y valores en los que creemos, correremos el riesgo de perderlos . . . y merecidamente.

Sin embargo, el terrorismo no se inició el 11 de septiembre del 2001. Anteriormente a esa fecha, ya los niños se encogían con miedo bajo las cobijas, aterrorizados de que los terroristas hicieran volar el mundo que los rodeaba. Ya antes del 11 de septiembre, incontables padres de familia vivían angustiados por el futuro de sus hijos y con pavor pensaban en qué nueva catástrofe les traería el día siguiente. Mucho antes del 11 de septiembre, elementos fanáticos atentaban y asesinaban a civiles inocentes por el puro gusto de declarar su propaganda política o porque simplemente pertenecían a ideologías o a grupos de origen étnico diferentes.

Durante mucho tiempo, desde antes del 11 de septiembre, en cada esquina peligrosa del globo, despedazada por la guerra y los conflictos bélicos, los héroes —misioneros, médicos, socorristas



y trabajadores sociales, voluntarios del Cuerpo de Paz, Organizaciones Humanitarias No Gubernamentales— combaten silenciosamente las consecuencias del terrorismo y de la opresión de sus congéneres humanos. He tenido el privilegio, durante el paso de los años, de encontrarme con cientos de estos héroes. Dos de ellos son mis propios padres. He visto, también, a algunos de ellos pagar el precio máximo con su propia libertad y hasta con sus propias vidas. A estos héroes, con profundo agradecimiento, amor y admiración, les dedico este libro.

Prólogo

ABRIL DE 1991, EL GOLFO PÉRSICO.

Él meditaba.

El último piso de la torre de control aéreo proveía una clara vista de la devastación producida por la guerra. Había cráteres a lo largo de todas las pistas de concreto. Donde antes había edificios, montañas de escombros formaban siluetas surrealistas. Los restos quemados de los transportes de tropas y de aviones estaban esparcidos como cadáveres desgarrados por animales de carroña. Aun desde esa distancia, él podía oler las nubes nocivas que escupían humo hacia doce diferentes puntos en el horizonte: Las refinerías y fábricas en llamas que antes habían abastecido su maquinaria bélica.

No era nada consolador saber que otras partes de su país —de hecho la mayor parte— todavía no habían sido alcanzadas de modo que podrían pelear otro día.

Una furia helada fluía ácidamente a través de su estómago hacia su esófago. Lo que más le





daba rabia era que los que en otro tiempo fueron sus aliados, eran ahora los que habían hecho esto. Los americanos antes habían estado muy dispuestos a ayudarlo a construir la mejor fuerza ofensiva en el Medio Oriente. Ellos lo habían animado a poner esa fuerza en contra de su vecino oriental. Había hecho lo que ellos le pidieron: Neutralizar a ese vecino que había sido una espina en la carne, tanto para los americanos como para él mismo.

Entonces, ¿por qué pasaba esto?

La respuesta era sencilla. Los americanos eran traidores, mentirosos, manipuladores ambiciosos. Gente sin honor.

Bien . . . ellos aprenderían que él no era cualquier perro al que se le silba cuando le tienen preparada una tarea, para luego sacarlo de una patada cuando sus objetivos ya no encajan con los de ellos.

El Gobernador Supremo de Irak alzó sus ojos con preocupación. Un avión estaba llegando. En un momento, aun cuando la luz del sol declinaba, lo identificó como un Gulfstream, pequeño jet privado de los que prefieren los millonarios y las corporaciones y que alguna vez habían sido comprados al por mayor por los que eran favorecidos con la riqueza del petróleo de esta área. Al aterrizar, el Gulfstream se desvió violentamente por un cráter.

El líder iraquí bajó de la torre, salió y caminó por la pista. El avión de su visitante se acercó y se detuvo. La puerta lateral se abrió y apareció un personaje solitario.

—*Allahu akbar*. Dios es grande —dijo tranquilamente el visitante, mientras salía del avión. Su saludo lo hizo en árabe y no en persa, su lengua natal. A diferencia del líder iraquí que se le acercaba, Akbar Javad Khalkhali se consideraba un erudito, hablaba cinco idiomas, incluyendo el idioma inglés del gran enemigo de su pueblo.

Las diferencias entre los dos hombres iban más allá de su erudición. Khalkhali usaba las túnicas largas y el turbante negro que le correspondía no sólo por su condición de mulá, un clérigo islámico, sino por su fidelidad como creyente que se apegaba seriamente a la verdadera enseñanza del Corán. En contraste, su anfitrión apóstata vestía la ropa del Occidente infiel, y no sólo ropa común y corriente, sino la de los guerreros. Era cierto que el sentido práctico había forzado a su país a adoptar tal atuendo para sus propios soldados. Pero esto no era un campo de batalla.

La disciplinada falta de emoción en la expresión del mulá no dejó ver ninguno de estos pensamientos al seguir la costumbre de darse el cordial beso en ambas mejillas.

—Alá es grande —asintió el iraquí—. Venga —y condujo a su invitado hacia un hangar pequeño, relativamente intacto, que estaba a una corta distancia. Sin importarle los mandatos culturales, no perdió tiempo en pequeñas pláticas mientras caminaban juntos.

—Fue bueno de su parte conceder mi solicitud de que viniera —le dijo—. Nuestros países han estado alejados por mucho tiempo. Después de todo, somos hermanos y adoramos al mismo Dios. En un mundo lleno de infieles que quieren destruirnos, nosotros no deberíamos dejar que las pequeñas diferencias que nos han separado en el pasado se interpongan entre dos pueblos unidos por la única Fe verdadera. De hecho, él y muchos en su país habían servido a esa Fe sólo un poco más que de los dientes para afuera durante un buen número de años y las diferencias religiosas entre sus dos países habían sido lo bastante significativas para generar una guerra que había durado una década, la cual había llevado a ambos países al borde de la ruina económica y había causado la muerte de un millón y medio de sus ciudadanos; pero todo esto no se mencionó.

—Sí, somos hermanos —asintió el mulá cautelosamente—. Y es hora de que nos mantengamos unidos como hermanos.

Le echó un vistazo al hangar al que se acercaban. Aunque estaba menos dañado que casi todo lo demás que lo rodeaba, gran parte de su techo se había derrumbado y la parte trasera del edificio se había reducido a escombros.

—Los americanos —observó el mulá— no han sido amables con usted.

Los labios del Gobernador Supremo hicieron una mueca de desprecio, gruñendo con odio y furia. —¡Los americanos! No, ellos no han sido amables. Con sus sonrisas y manos de amistad, y siempre con un cuchillo listo para darle a uno una puñalada por la espalda. ¿No fueron ellos con sus mentiras y provocaciones quienes primero causaron el conflicto entre nuestros países? ¡Su jefe anterior tenía razón cuando los llamaba el Gran Satanás!

—¡Ah! —por primera vez el mulá pensó que estaba entendiendo a su anfitrión. Deteniendo su paso mesurado, levantó una mano con un gesto de reprensión—. Debo advertirle ahora que aunque compartimos mucho su disgusto por esos hijos de Satanás, mi país no puede involucrarse y no lo hará, en el conflicto que tiene aquí.

Khalkhali convenientemente omitió mencionar el hecho de que sus compatriotas odiaban al hombre que tenía a su lado muy poco menos de lo que odiaban a los americanos,



compartieran la fe o no, y con gusto habrían dejado que los apóstatas terminaran el trabajo que habían empezado. —Quizás —prosiguió el mulá—, podríamos ayudarlo a hacer negociaciones. . . .

Su anfitrión movió la cabeza impacientemente. —¿Usted cree que soy tan tonto como para traerlo acá para hablar de negociaciones con el Gran Satanás?

El mulá, sabiamente, no respondió.

—No —continuó el iraquí—. Nunca más desestimaré la voluntad de los americanos. No, su voluntad no . . . ¡sus juguetes! *Mis* ejércitos tienen una gran voluntad para pelear y morir, como no la tienen los americanos. Pero no se puede negar que la tecnología del decadente Occidente trasciende cualquier cosa que yo haya soñado. Así que, cuando usted vuelva a casa —su voz empezó a expresar su amargura—, puede decirle a sus jefes que no deben temer. El león humillado permanecerá dentro de sus límites.

Llegaron a la puerta del hangar. Un soldado estaba a la par en posición de firme.

—Eso no quiere decir que haya terminado —prosiguió el iraquí—. Los estadounidenses nos han lastimado. Han pisoteado nuestro orgullo en las arenas del desierto. Pero ellos aprenderán, a un costo muy alto, que un león herido todavía puede tener garras. Y Alá mismo nos ha dado el arma con la cual contraatacaremos. ¡Venga a ver!

Al chasquido de los dedos del Gobernador Supremo, el centinela se apresuró a teclear un panel de control. Con un crujido, una pesada puerta de metal se deslizó hacia arriba. Ya dentro, caminaron adonde un segundo soldado tecleaba otro panel de control. Una puerta más pequeña se abrió y se dejó ver un elevador. Siguiendo a su anfitrión, el mulá entró y el elevador comenzó a bajar.

Después de largos segundos, se detuvieron. La puerta se abrió en absoluta oscuridad. Ellos salieron de la pequeña luz de la cabina del elevador. La puerta se cerró detrás de ellos.

Molesto, el mulá se quedó parado, completamente inmóvil en la oscuridad. A su lado, con lo que Khalkhali consideró una actuación innecesaria, su anfitrión entonó en voz alta: —¡Mire! El relámpago de Alá.

Una iluminación azul-blanca brilló tenuemente desde arriba. El mulá parpadeó cuando los tubos fluorescentes de repente se encendieron a toda fuerza, dejando ver una inmensa caverna subterránea. La forma que tenía en frente dio vueltas hasta enfocarse, y él volvió a pestañear. Caminó hacia adelante, conteniendo con

gran esfuerzo alguna exclamación que sería impropia de su posición. La mano que sacó para tocar la suave superficie temblaba ligeramente. No, éste no era uno de los espejismos que son tan comunes en la arena del desierto que tenían encima.

Tomó un momento para reacomodar su expresión antes de voltearse lentamente.

—¿Acaso es esto . . . ?

Khalkhali sabía bien que era su posición como cabeza del servicio de inteligencia de su país lo que había suscitado la sorprendente citación de este día. El hecho de que conocía precisamente lo que estaba viendo sólo lo hacía más increíble.

—Pero ¿cómo . . . ?

Su anfitrión hizo un gesto de impaciencia. —Éso no le concierne a usted. Es la única pieza de esta guerra que cayó en nuestras manos. Lo que a usted le concierne es que ahora nosotros tenemos un arma que puede poner al Gran Satanás de rodillas —él asintió con la cabeza y su expresión facial, nada estoica, reflejaba su júbilo—. El arma con la que los americanos derribaron a mi país ahora se volteará en contra de ellos.

Khalkhali alargó la mano otra vez, antes de volver a retirarla, maldiciéndose por delatar su entusiasmo. Él, al igual que su anfitrión, sabía qué oportunidad tan increíble les había dado el destino . . . o Alá, y detrás de su compostura externa, en su mente fluían las posibilidades.

—Entonces, ¿qué es lo que usted quiere de mí? —le preguntó, sabiendo ya la respuesta.

Su anfitrión volvió a hacer un gesto con su labio superior. —Los americanos me han rodeado como a una bestia enjaulada. No me puedo mover sin tropezarme con sus espías. Si fuera de otra manera, ¿cree usted que pediría esta alianza?

Los dos hombres unieron sus miradas en un repentino arrebatado de antagonismo, el vestigio de una enemistad antigua que se extendía por incontables generaciones, hasta los días cuando soldados de los imperios rivales de Babilonia y Persia se enfrentaron en estas mismas tierras.

El mulá se relajó primero.

—Cuando dos hombres, o dos países, enfrentan a un enemigo común, las desavenencias antiguas deben ponerse a un lado. En nombre de nuestra común fe, olvidemos el pasado y veamos cómo podemos usar este regalo para hacer la voluntad de Alá —pensativo se frotó la barba—. Esto no será fácil. Usted debe saber que nosotros no tenemos los medios para usar el arma desde esta



distancia. No sin un sistema de apoyo que ni ustedes ni nosotros poseemos. Si hemos de usar este regalo que Alá nos dio con la mayor eficacia posible, debe trasladarse más cerca del objetivo.

—Yo soy experto en tácticas de guerra —respondió bruscamente el iraquí—. ¿Por qué cree que lo busqué a usted y a nadie más? ¿Cree que ignoro que tiene pequeños amigos por todo el mundo?

El mulá asintió con la cabeza, reconociendo la eficacia de los servicios de inteligencia de su anfitrión. Aunque generalmente lo sospechaban, pocos gobiernos sabían de forma concluyente que su posición como ministro de inteligencia de las fuerzas de seguridad de su país, era un seudónimo de sus responsabilidades mayores. Él coordinaba una red mundial de grupos de acción secreta (terrorista era un término que sólo lo usaban sus enemigos) con el propósito santo de destruir a los enemigos de la Fe, cuyo jefe era el Gran Satanás.

—Sí —respondió Khalkhali cautelosamente—, tenemos amigos que moran mucho más cerca del Gran Satanás. Muchos amigos. Infieles y paganos podrán ser, aún así odian a los americanos tanto como nosotros, y ellos llevarán a cabo lo que se les pida. Pero su situación es inestable, y este es un proyecto que requerirá de tiempo. Tiempo y mucha preparación. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de actuar hasta que sea el momento propicio.

—Tiempo —el iraquí chasqueó los dedos con desprecio—. ¿Qué importa si se necesita tiempo siempre y cuando se cumpla nuestro propósito supremo? Al fin el enemigo de nuestra fe y de nuestros dos pueblos quedará tirado, humillado en la arena, y de nuevo se abrirá el camino para que la bandera del islam marche por todo el mundo. Que Alá le dé la victoria a su yijad santa.

—*Allahu akbar* —respondió Khalkhali.

El ocaso había pasado a ser noche completa cuando los dos hombres salieron a la superficie. Mientras caminaban juntos por la pista, podían distinguir llamas de fuego en el horizonte, al pie de persistentes torres de humo. Había luces intermitentes en las áreas afortunadas donde la energía eléctrica se había restaurado.

El mulá subió las gradas del Gulfstream sin voltear a ver, y se fue.

Momentos más tarde, al subir las gradas que llevaban a la ventana de observación de la torre de control abandonada, el iraquí vio despegar el avión de su visitante. Su mirada siguió sus luces hasta que desaparecieron en el horizonte.

Entonces Su Excelencia, el Gobernador Supremo de Irak, de nuevo volteó su pensativa mirada para observar el panorama destrozado de su país, que una vez fuera poderoso. Pero ahora, bajo su bigote, había una delgada sonrisa de satisfacción.



UNA DÉCADA MÁS TARDE.

LÍDER COLOMBIANO RETIRA TROPAS DE UNA VASTA REGIÓN INFESTADA POR LA GUERRILLA

Bogotá, Colombia (Reuters): Preparando el camino para las negociaciones de paz proyectadas con el movimiento guerrillero más grande de su nación —las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia— el presidente Andrés Pastrana ha acordado retirar las fuerzas gubernamentales de una franja de jungla del tamaño de Suiza al suroeste de Colombia. Los oponentes rápidamente se rieron de las intenciones de paz de las FARC, señalando que los ataques guerrilleros realmente han aumentado desde que se firmó el último tratado. Pastrana ha asegurado a los colombianos que el retiro de las tropas no durará más de tres meses.

MARRUECOS ENCABEZA LA INVERSIÓN COLOMBIANA

Rabat, Marruecos (Reuters): El Primer Ministro marroquí, Armal Hussein, ha acordado con el nuevo presidente de Colombia, Ariel Batallano, encabezar la nueva propuesta económica de Batallano: El Plan Colombia. Dicho plan está diseñado para atraer la inversión extranjera hacia una infraestructura económica, plagada por la guerra de guerrillas y acusaciones de malos manejos y corrupción. El primer ministro marroquí promoverá oportunidades de inversión en Colombia, entre otras naciones de la cuenca del Mediterráneo y del Medio Oriente

IRÁN Y COLOMBIA ACUERDAN COOPERACIÓN ECONÓMICA

Bogotá, Colombia (Reuters): El Presidente iraní, Kamal Azadi, y altos funcionarios colombianos firmaron hoy un acuerdo de cooperación económica. Irán se ha comprometido a inyectar más de cien millones de dólares a la economía colombiana, lo cual incluye la agricultura, el comercio y la industria petrolera. El presidente colombiano, Ariel Batallano, elogia el acuerdo como señal de la eficacia de su controversial nuevo programa económico, el Plan Colombia.



SIRIA VENDE MISILES A LA GUERRILLA COLOMBIANA

Damasco, Siria (Reuters): Fuentes confiables confirman que la guerrilla colombiana recientemente recibió un cargamento de misiles tierra-aire RPG-7 proveniente de un traficante de armas sirio. Los lanzadores de granadas, propulsados por cohete, de fabricación soviética, fueron vendidos a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia al parecer con la aprobación total del gobierno sirio. Siria permanece a la cabeza del listado del Departamento de Estado de los Estados Unidos de países de los que se cree que patrocinan el terrorismo, y por mucho tiempo ha sido acusada de proveer entrenamiento militar a miembros de las FARC. El lanza-cohetes que se carga al hombro es capaz de derribar aviones que vuelan bajo . . . malas noticias para los esfuerzos de contrainsurgencia y de acciones antinarcóticos de Colombia.

IRÁN FINANCIARÁ PLANTA DE EMPAQUE DE CARNE EN UNA REGIÓN OCUPADA POR LA GUERRILLA

San Ignacio, Colombia (Reuters): El Ministerio de Desarrollo Económico iraní firmó hoy un contrato de diez millones de dólares con altos funcionarios colombianos para financiar una planta de empaque de carne en San Ignacio, una pequeña ciudad que está en el interior de la zona desmilitarizada, la cual fue cedida a la guerrilla colombiana hace más de dos años para facilitar las negociaciones de paz con los rebeldes. Desde entonces, el pueblo ha llegado a ser el centro de operaciones de oficio de la guerrilla en la región, que es el área principal de producción de coca en el país. Funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos describieron la aprobación colombiana de la inversión como “rara”, citando el hecho de que la región que produce más ganado en Colombia está a 300 kilómetros del otro lado de los Andes.

ZONA DESMILITARIZADA, SUR DE COLOMBIA.

Como una libélula torpe cruzando un arroyo estancado, la sombra del DeHavilland RC-7B revoloteaba por el mar inquieto del pabellón de la jungla. El avión de reconocimiento del ejército de los Estados Unidos no estaba realmente allí. No de manera oficial. Esta zona particular de la selva tropical amazónica estaba fuera de los límites para los vuelos militares. Pero Washington quería saber qué pasaba allí en esa maraña de verdor, y alguien que estaba arriba en la cadena de mando había dado una orden.

Por lo que allí estaban, unos cuantos miles de kilómetros lejos de casa, volando sobre una tierra que no era la propia y que no los quería. Las ramificaciones de esa presencia, sin duda, estaban dándole a alguien, en algún lugar, un descanso. Pero a los siete miembros de la tripulación del avión de reconocimiento no les importaba la política involucrada aquí. A ellos se les había dado un





trabajo que hacer, y las fuerzas existentes podían solucionar lo demás.

Este día, por lo menos, se habían ganado los fondos para su proyecto.

—Otro campo de coca a las tres en punto.

El alerta hizo que el Mayor Tomás Sánchez entrara en la cabina del avión. El DeHavilland RC-7B había iniciado su vida como un avión civil para cincuenta pasajeros antes que el ejército de los Estados Unidos llegara a la conclusión de que el desempeño fuerte de sus cuatro poderosas turbinas y su habilidad para despegar y aterrizar en las pistas más limitadas del mundo era justo lo que se necesitaba para ser usado como una plataforma de reconocimiento voladora. Desprovisto de sus asientos, el interior ahora era un área abierta de trabajo, reacondicionada con el equipo más sofisticado conocido por el hombre para la obtención de información. O por el tío Sam, que era exactamente lo mismo.

Al detenerse en la estación de trabajo para la obtención de información por imágenes o *IMINT*, por sus iniciales en inglés, el mayor vio por encima del hombro del joven teniente que estaba sentado allí. Un gran monitor de computadora que estaba en frente del oficial encargado del IMINT difundía las imágenes recabadas por la colección de torretas con cámaras y escáneres infrarrojos que estaban en la parte exterior del avión.

—Está bien, eso es un campo de coca. ¿Qué es eso . . . el sexto campo hoy? ¿Cuántas hectáreas más diría usted que tenemos allí? ¿Diez? ¿Veinte? Suficiente para unos cuantos cientos de kilos de coca, de todas maneras.

El mayor se inclinó para estudiar la imagen de vídeo, luego le dio un golpecito a una mancha localizada que acababa de abrirse paso en la pantalla de la computadora. —Mira esto, Johnny. Parece que podríamos tener compañía. ¿Podrías ampliar eso en la pantalla?

El teniente Jonathan Hilgeman —mejor conocido como Johnny por sus amigos y, según parecía, por oficiales superiores— asintió con la cabeza en señal de aprobación. Ese era el primer día del oficial encargado del IMINT en el RC-7B y era un placer volar con un superior que conocía su trabajo. Ese no siempre era el caso.

Arrastrando su cursor para encerrar la mancha en un recuadro, la agrandó para que llenara la pantalla, lo que era una masa de colores café y verde hasta que el joven soldado ingresó un mandato en su teclado. Luego se definió y se vio la figura de un hombre que salía de la protección de los árboles. Su cabeza estaba inclinada hacia abajo

con un sombrero caído, pero no había duda de su ropa de combate o del AK-47 que llevaba por encima del hombro. El arma automática se levantó en lo que era un gesto claro de mando.

El oficial encargado del IMINT, presionando apresuradamente el teclado con sus dedos, hizo retroceder el cursor del aumentador de imagen justo a tiempo para captar a otros doce hombres con ropa de campesinos que salían de la jungla. Tras otro ademán con el AK-47, los campesinos se pusieron a trabajar, arrancando hojas de los arbustos.

La imagen se movió hacia el pabellón de la jungla cuando el DeHavilland se salió del rango de la cámara. El Mayor Sánchez soltó un silbido bajo. —¡Bien, bien! Si alguna vez necesitamos confirmación de que las FARC están metidas hasta el cuello en el narcotráfico y que no son las personas inocentes que dicen ser, pues ahora la tenemos.

Levantándose de la estación de trabajo, le dio unas palmadas en el hombro al oficial encargado del IMINT. —Buen trabajo, Johnny. Enviémos esas imágenes al Centro de inmediato.

—¡Sí, *señor!* —contestó el Teniente Hilgeman, mientras obedecía e iniciaba la conexión por satélite que le permitiría enviar información a la base aun cuando estaban en el aire. Habiendo llegado recién del ambiente castrense del Comando Sur —la base del Comando Sur en Miami—, él no estaba preparado para la camaradería informal que se desarrollaba, sin tener en cuenta el rango, entre un equipo de profesionales altamente preparados que volaban juntos día a día.

—Está bien, tripulación, digamos que aquí terminamos con esto.

El Mayor Sánchez golpeó el interruptor de un intercomunicador que estaba en la pared de la cabina. —¿Capitán O'Neal?

Una voz femenina con tono decidido se oyó en el altoparlante. —Estamos usando los tanques de reserva, Mayor. ¿Están ya listos para terminar el día, muchachos?

—Lleve el avión a casa, Capitán. ¡Oh! Y con estos recientes cortes en el presupuesto, no estemos perdiendo tiempo de vuelo.

El Mayor dio un vistazo por la portilla redonda más cercana, de las que había a ambos lados de lo que antes fuera la cabina de pasajeros, para ver la rápida puesta del sol tropical. —Deberíamos tener combustible para circular la ZDM (Zona desmilitarizada). Me gustaría volar sobre ese sector del nordeste que todavía no hemos trazado. ¿Johnny?

—¡Sí, *señor!* —y con la posición de lo que habría sido una



de atención si hubiera estado parado, el oficial encargado del IMINT le hizo el saludo enérgicamente.

—Ya estará totalmente oscuro para cuando entremos de nuevo. ¿Está en línea la actualización del escáner infrarrojo?

—No, *señor*. Pero podría estarlo —los dedos del teniente Hilgeman ya estaban listos, rápidamente trabajando en los controles—. ¿Quería probarlo?

—Deberíamos. Ese sector es jungla tropical virgen. No tanto un campo de coca, o una finca, si la información del satélite está en lo correcto. Los técnicos me dicen que el nuevo escáner IR puede captar la marca de calor de un *lapi*, o jaguar, justo a través del pabellón. Si esa es la usual campaña publicitaria de RP, quiero saberlo ahora y no cuando tengamos algunos tipos malos corriendo a esconderse allí. ¡Ah! Y Johnny . . .

El mayor caminaba con largos pasos hacia la cabina del piloto aun cuando iba mirando hacia atrás, sobre su hombro. Habían almorzado hacía horas y ahora que las cosas se habían estabilizado, era hora de relevar al copiloto para que fuera a preparar emparedados y café para la tripulación. El hecho de que la Capitán O'Neal fuera una pelirroja muy atractiva, no tenía nada que ver con la decisión de dar esa orden.

—Deja de decir “señor” y relájate un poco, ¿está bien? Te van a evaluar por la forma en que haces el trabajo y no por tu saludo.

—¡Sí, *señor*! —respondió Johnny instintivamente, luego se ruborizó y bajó su mano mientras las sonrisas circulaban en la cabina. Lo tendré en línea en cinco, *se . . .* este, Mayor.

A medida que el DeHavilland zumbaba hacia el sur y el ocaso se convertía en plena noche fuera de las portillas, en la cabina se estableció un relativo silencio de zumbidos y pitidos electrónicos. No había cambio visible en el panorama de aldeas esparcidas, las fincas y las copas de los árboles que estaban debajo de sus alas, pero un aumento palpable de tensión se hizo notar por los hombros tensos y por la repentina atención que se le puso a los instrumentos cuando el avión atravesó el límite invisible de la zona desmilitarizada. El teniente Hilgeman se ocupó de marcar los grupos de luz que eran aldeas y granjas y las manchas amarillas que eran manadas de ganado que pasaban tranquilamente a través de la imagen infrarroja. Luego, la última comunidad agrícola dio paso a la jungla intrazable, y en la pantalla abruptamente desapareció cualquier vestigio de vida.

Hasta aquí con los técnicos, pensó Johnny con desprecio. Quizás esa actualización ridícula funcionaba bien sólo en los bosques podados de algún parque nacional de Norteamérica. Pero esa selva

tropical que estaba allá abajo tenía un triple pabellón, con casi cincuenta metros de diferentes niveles de copas de árboles. Cualquier morador de la jungla que estuviera acostado pasando la noche bajo las alas del RC-7B, estaba perfectamente a salvo del ojo espía del tío Sam.

Lo mismo valía también para los habitantes humanos. Todo un batallón de las FARC podría estar escondido bajo esa maraña de vegetación, porque todos sus instrumentos se lo advertirían. El DeHavilland estaba volando muy alto para fuego de tierra, pero si los rumores estaban en lo cierto de que las FARC estaban usando algunos de los narcodólares para aliviar la superabundancia en el mercado mundial de misiles tierra-aire. . . .

Johnny se encogió de hombros tratando de deshacerse de un punto frío que se le había fijado, inexplicablemente, entre los omóplatos. Se estaba preocupando por nada. Después de todo, no era el sistema avanzado de advertencia por radar del RC-7B ni el paquete de armas sofisticadas, ni siquiera su bajo perfil de operación que le habían ganado el nombre de 'Avión fantasma'. El DeHavilland había sido de uso civil al principio, y para cualquier espectador casual —alguien, en algún lado, se había opuesto acertadamente a que se le pintara con el color usual del ejército— todavía era un avión comercial, sólo uno de los aviones de tamaño mediano que regularmente entrecruzaba el interior de Colombia sin carreteras. Ni siquiera las FARC eran tan tontas como para arriesgarse y disparar al azar contra un vuelo comercial.

Por lo menos, ésa era la teoría.

El teniente Hilgeman desechó ese hilo de pensamiento no productivo mientras se inclinaba para estudiar la pantalla.

Frunció el ceño. Sí, allí estaba: La anomalía que había visto de reojo.

Golpeó el interruptor del intercomunicador. —Mayor Sánchez, tenemos algo raro aquí.

Johnny había vuelto a su escrutinio de la imagen infrarroja cuando su oficial de mando salió de la cabina, con una taza de café en una mano y un emparedado de jamón a medio comer en la otra.

—¿Qué pasa? —el tono de su voz dejaba ver claramente que más valía que esa interrupción no fuera una pérdida de su tiempo.

—Bueno, bien podría ser nada.

—¿Pero? —la mirada del mayor a la pantalla en blanco no era nada animadora.

Johnny titubeó. Quizás este asunto de la camaradería sólo



funcionaba de arriba hacia abajo, pero todo su entrenamiento le decía que era mejor que lo regañaran por hacer que su superior perdiera el tiempo que arriesgarse a pasar por alto algo que después podría llegar a ser de vital importancia.

—Bien, señor, usted sabe cómo funciona el infrarrojo. Esto aquí —Johnny señaló la pantalla—, está programado para reflejar la temperatura normal del ambiente del terreno. Un poco más alta que, digamos, Montana, porque tenemos jungla allá abajo y, para empezar, es muy caliente. Algo que esté más caliente, digamos una luz, una persona o un animal, se mirará como un punto brillante. Así es como los trazamos. Sólo que esa actualización que nos enviaron no está reconociendo cuerpos calientes a través de todos esos árboles, por eso la pantalla está oscura. Pero justo aquí. Bueno, esa es la anomalía, señor. Está *demasiado* oscuro.

El mayor buscó alguna variación en la oscuridad de la pantalla, sin encontrar nada.

—Es un poco difícil ver si uno no está acostumbrado a esto —Johnny prosiguió en tono de excusa—. Pero el análisis de temperatura me lo confirmará, señor. Este punto aquí, en lugar de estar más caliente que la jungla que lo rodea, está más frío. Es algo así como encontrar un área con nieve donde uno esperaría encontrar una fogata, ¿lo ve?

—Entonces, ¿qué cree que tenemos aquí? —habiendo tomado interés de mala gana, el Mayor Sánchez puso su taza de café en la orilla de la estación de trabajo y jaló una silla que estaba cerca. Johnny automáticamente tomó la taza y se la dio al mayor mientras éste se sentaba. Mantener alejado el café del delicado equipo de trabajo que tenía a su cargo era algo tan arraigado para él como para no pensar en eso.

—No sé, señor —admitió—. Como dije antes, quizá no es nada. A lo mejor tenemos un claro entre los árboles y alguna fuente subterránea está derramando agua fría en la superficie. Sólo es que, bueno, nunca he visto agua tan fría por aquí. Si ésta no fuera la jungla, juraría que alguien abrió la puerta y dejó salir el aire acondicionado.

—Está bien, tenemos un poco de tiempo para jugar. No nos vamos a desviar mucho si lo examinamos. —El Mayor Sánchez se inclinó para golpear el intercomunicador—. ¿Capitán O'Neal?

El avión comenzó a dar un giro lento que sólo produjo ondas en la superficie del café del mayor. Johnny mantuvo sus ojos pegados en el punto más negro que el negro que estaba en el

centro de la imagen infrarroja. El Mayor Sánchez vació su taza y se dirigió a la cocina en la parte trasera de la cabina para volverla a llenar. Luego . . .

—¡Eh! ¿A dónde se fue?

Johnny ni siquiera tuvo tiempo para molestarse cuando de repente tuvieron una sacudida en el avión como un escalofrío masivo. Una fracción de segundo más tarde, todos los sistemas y las luces se apagaron.

—¡Nos dieron! ¡Nos dieron! —El aviso salió de la puerta abierta de la cabina, no del intercomunicador. De alguna parte en la oscuridad, Johnny escuchó una voz, perplejo del susto—. ¡No pueden darnos! ¡El sistema de advertencia por radar estaba despejado!

El apagón duró sólo un momento. Luego, la energía de respaldo de emergencia se encendió, proveyendo escasa iluminación al interior del avión, pero habilitó las pantallas de las computadoras y el equipo. A medio camino de la cocina, el Mayor Sánchez se levantó. Los pedazos de su taza estaban hechos añicos a sus pies. Cada pedazo de papel y pieza de equipo que no se había ajustado estaba tirado en el suelo.

—¿Hay algún herido? —preguntó el mayor.

Antes de que alguien pudiera responder, una segunda sacudida meció la cabina. Johnny se cayó de su silla y se agarró de la superficie de su terminal de trabajo. Comenzó a resbalarse mientras el piso de la cabina se inclinaba a un ángulo de 45 grados. El teclado de su computadora se le resbaló de las manos, y la silla de su escritorio se vino abajo por la inclinación que tenía enfrente, lanzándolo de lado violentamente, luego hacia adelante, mientras el avión seguía cayendo en picada. Mientras buscaba sus botas en la alfombra, logró enganchar un tobillo en una pata del escritorio que estaba fijo. Giró su cuerpo para alcanzar la pata del escritorio y se asió a ella con todas sus fuerzas. Un gabinete de archivo pasó frente a él y de algún lado abajo escuchó un grito agonizante que luego fue un lloriqueo, después hubo silencio.

—¡Estamos cayendo! ¡Estamos cayendo! —Se oyó el grito de socorro de la Capitán O'Neal por el intercomunicador.

Aunque pareciera increíble, la energía de emergencia todavía estaba funcionando, pero Johnny no se atrevió a soltarse un poco siquiera para poder ver a su alrededor.

El avión giró de lado a lado, arrancando la terminal de trabajo de su agarre. Al ser tirado al otro lado de la cabina, cayó con dolor encima de la fila de ventanas que ahora estaban debajo y el piso de la cabina, que estaba volteado, ahora era pared. Sin poder



hacer nada se deslizó hacia abajo, pasó una portilla, luego otra, buscando donde agarrarse; la fuerza de la gravedad presionaba su cara contra el vidrio y sacaba el aire de sus pulmones. Más allá del vidrio había una oscuridad implacable, sin señales de estrellas ni de luna, ni los brazos extendidos de los gigantes árboles extendiéndose ahora para encontrarlos.

Entonces, increíblemente, Johnny vio algo que se movía al otro lado de la ventana, una figura tan oscura que tenía que ser una ilusión. Se movió y desapareció. Luego, se volvió a perder en la sombra. La respiración que con tanto esfuerzo había conseguido, dejó a Johnny con un escalofrío a medida que sus ojos bien abiertos miraban con horror por la ventana.

De alguna forma, logró impulsarse para quedar sobre sus manos y rodillas.

—Mayor, ellos . . . éso . . . Mayor, ¿eso tiene que ser uno de nosotros!

Por la respuesta que recibió bien podría haber estado en una nave muerta. El avión se ladeó otra vez, rodando directamente hacia la otra dirección antes de inclinarse aún más hacia abajo en picada. Johnny fue lanzado de las ventanas donde estaba y trató de asirse a la cubierta. Se agarró de algo que no tuvo tiempo de inspeccionar y se impulsó hacia arriba. No sabía qué le había ocurrido al resto de la tripulación, pero él tenía un trabajo que hacer.

Centímetro a centímetro, como si estuviera escalando un peñasco, Johnny se levantó en lo que habría sido el suelo del avión, clavando sus dedos y sus botas en la alfombra, arrastrándose de un mueble tirado hacia otro. Estaba intentando llegar a la pata del escritorio que había sido otra terminal de trabajo cuando vio el cuerpo. La mirada ida y el ángulo poco natural del cuello hacían evidente, con mucho dolor, que no podía esperar ninguna ayuda de parte del Mayor Sánchez. Borrando la espantosa imagen de su mente, Johnny se enfocó en su obstinada escalada, a veces resbalándose más de lo que avanzaba, pero seguía hacia arriba sin parar con todos los músculos y la tenacidad que el haber crecido en una granja y dos años en el ejército del tío Sam le habían inculcado.

Largos minutos más tarde —o quizás fueron sólo segundos— su mano se agarró de la pata de su propia terminal de trabajo. Enganchando un brazo para asegurarse en el lugar, Johnny buscaba a tientas el teclado de su computadora, que colgaba por un lado, pero milagrosamente todavía conectado. Laboriosamente empezó a teclear comandos. Las cámaras, todas ellas. La luz del día. El infrarrojo. El multispectra. La televisión de luz baja. Johnny

gruñó con satisfacción a medida que cada uno entraba en línea. Ahora la conexión por satélite. Esto tenía que llegar al Comando Sur, aun cuando nada ni nadie más lo hiciera. El teniente Hilgeman estaba justo presionando la tecla de ingreso cuando el mundo se desmoronó a su alrededor.



Con el temblor de un venado asustado, el joven soldado levantó su cabeza, haciendo un esfuerzo con los ojos por la imponente oscuridad de la jungla que iba más allá del perímetro de las luces de los reflectores. No había razón aparente para su preocupación. La noche estaba tranquila, un fuerte aguacero que había caído más temprano en la noche había enviado a los monos a buscar refugio y había humedecido hasta la serenata incesante de las ranas. Al otro extremo de la puerta principal, la silueta relajada de su compañero centinela no lo alarmó para nada.

El centinela, tranquilo, ajustó su poncho para la lluvia contra la llovizna que no cesaba y volteó la cabeza para examinar lentamente la base que tenía detrás. El cuartel era nuevo, y las paredes de bloque y la residencia de mando todavía brillaban por la fresca pintura blanca, y el campo abierto donde se hacía la formación todavía no se había desgastado hasta el polvo. Había algunos que decían que era una tontería construir un cuartel nuevo justo en el límite de la zona desmilitarizada. Otros sostenían que los cobardes de Bogotá ya habían cedido suficiente del patrimonio de su país. ¿Por qué se les permitiría a los rebeldes tener la satisfacción de sacar a colombianos leales un metro más de su tierra?

El contingente de cien hombres del cuartel le ponía poca atención a tales argumentos. La mayoría eran reclutas adolescentes que estaban cumpliendo sus dos años requeridos de servicio militar, y su mayor preocupación era simplemente la de sobrevivir lo suficiente para entregarle a otros la tarea desagradable de defender su nación de sus ciudadanos más rebeldes. No importaba qué dijeran los políticos; la guerrilla nunca había respetado los límites más de lo que ellos respetaban los frecuentemente anunciados cese al fuego. Aquí, o a cien kilómetros de distancia, todavía eran un objetivo. Si no hoy, entonces mañana o el mes siguiente.

Así que el joven centinela siguió estudiando la noche de manera inquieta. Se puso tenso por un momento, cuando sus fosas nasales percibieron el fuerte olor a humo. Luego vio el resplandor rojizo que trazaba patrones vagos por el camino. Frunció el ceño. Fumar cuando se estaba de guardia era una infracción



que se pasaba por alto por parte de todos, hasta por el mismo comandante. Pero de noche, cuando se necesitaba que todos los sentidos estuvieran en alerta por los intrusos, era una distracción tonta.

—Hola Raúl —dijo entre dientes—. ¿Qué crees que estás haciendo, idiota? ¡Apaga eso!

La única respuesta que obtuvo fue una risa silenciosa.

—Eh, Julio, hombre, ¿por qué tan serio? —respondió Raúl, levantando suavemente el cigarrillo para darle otra chupada—. ¡No hay nada allí! Hasta las ranas piensan que está muy húmedo para hacer fiesta y se fueron a dormir. Que es lo que yo debería hacer. Si quieres que me quede aquí despierto, déjame mis cigarrillos.

—¿Ah sí? Bueno, no me echas la culpa si algún guerrillero te usa como práctica de tiro. Ese cigarrillo te ilumina como árbol de Navidad a un kilómetro de distancia.

La respuesta fue bromista y nada seria. La tranquilidad húmeda de la noche estaba haciendo efecto en Julio. A medida que la deaba su sombrero para que le cayera un poco de agua en el cuello, puso su M-16 en una posición que le fuera más cómoda y volvió a su examen de la franja de tierra de nadie que separaba la pared perimetral de la jungla. Después de todo, aunque los guerrilleros llegaran, ¿cuán lejos podrían llegar?

El joven centinela se arriesgó a volver a mirar por encima de su hombro donde un pequeño hangar de metal galvanizado destellaba bajo los reflectores al otro extremo del campo de formación y se acordó del impresionante avión que estaba dentro. Lo había estado viendo el día anterior cuando aterrizó. Su piloto colombiano había explicado al comandante que el helicóptero de combate, Halcón Negro UH-60A, era la más reciente contribución de los americanos a los esfuerzos unidos de los dos países contra el narcotráfico. Para ser usado en la lucha contra los traficantes de droga, no contra los guerrilleros, había agregado firmemente el asesor americano que llegó con el helicóptero. ¡Como si hubiera alguna diferencia!

Julio todavía conservaba la imagen mental de la belleza letal de la aeronave. Era larga, brillante y llena de armamento. ¿Cómo sería sentarse detrás de una de esas poderosas ametralladoras que había visto montadas en las puertas abiertas? ¿O incluso en el mismo asiento del piloto?

—Eh, Raúl —llamó suavemente—. ¿Alguna vez pensaste en tomar entrenamiento para piloto?

No hubo respuesta. Con una mirada molesta vio a su compañero parado con el mismo desenfado que había mantenido

durante toda la vigilia. ¿Estaba dormido? No, la espiral de su cigarrillo todavía subía y bajaba contra el fondo de la noche.

El joven soldado se puso tenso. No, *esperen*, el brillo rojo del cigarrillo de Raúl estaba allí, y había caído a su lado. Entonces, ¿qué era ese punto rojo centrándose en . . .

—¡Raúl!

El ruido no fue más que un pequeño *puf*, y la caída repentina de Raúl podría haber sido un tropiezo. Pero Julio sabía, con el horror que le vino de repente, que no era eso. También supo en ese instante por qué la noche había estado tan tranquila. No era la tranquilidad de las criaturas que dormían allí fuera. Era la tensión cautelosa causada por algún intruso que estaba violando su territorio.

Se tiró al suelo y un segundo *puf* golpeó la grava que tenía al lado de su cabeza. Rodando, sacó de su hombro su M-16 y lo levantó. Un punto rojo se movía hacia él por la grava, pero Julio lo ignoró a medida que se ponía el rifle automático en el hombro. Nunca había visto algo parecido a esa penetrante luz fatal, pero había leído de tales cosas: Un rifle de francotirador con mira láser infrarroja y silenciador. Otra evidencia más de que los guerrilleros estaban mucho mejor equipados que las mismas fuerzas de la ley y del orden de su país. Para haber pasado la pared perimetral, el ángulo de fuego tuvo que haber venido de muy arriba en las ramas de esos árboles de mango que hay por la tierra de nadie. Apretando el gatillo, Julio dejó salir una ráfaga de fuego. La inquieta luz roja se convirtió en un grito de dolor.

Al ametrallar los mangos con una ráfaga final de balas, Julio se agachó y corrió a toda velocidad, no hacia su amigo —quien quieto ahí ya no lo necesitaba— sino adonde lo demandaba el deber y las órdenes. Un árbol de toronja silvestre había quedado sin despejar, al lado de la caseta de guardia. Agarrando un lazo que colgaba de sus ramas, empezó a jalar. Una campana para llamar a la comida difícilmente sería un sistema de alarma usual para una base militar, pero tenía la ventaja de ser barato, no le afectaban los cortes de energía que eran frecuentes en el área y se la podía escuchar a un kilómetro a la redonda. Al volver la vista a su derecha, Julio pudo ver una figura desplomada que colgaba sin vida sobre las barandas de la torre de guardia más cercana. El plan de ataque del asaltante era obvio y brillante. Si hubieran sido capaces de eliminar a todos los centinelas, podrían haber estado dentro de la línea de defensa de la base antes de que pudieran sonar la alarma.

Pero al menos esta vez habían fallado. De los cuarteles



ya brotaban pies corriendo y gritos de urgencia. Sólo había un significado para esa campana que sonaba a esta hora de la noche. Cada soldado allí mantenía sus armas listas justo para una contingencia como esta. Al otro lado de la base, el ra-ta-tá de la ametralladora montada en una torre de guardia, avisaba que uno de sus camaradas muertos había sido reemplazado. Un escuadrón llegó al perímetro de enfrente, a medida que Julio salió corriendo hacia su puesto, abriéndose en abanico por los espacios de la pared donde no había disparos. A medida que cargaba su arma, se unió al fuego de ellos. Una línea de sombras oscuras que corrían agachadas por la tierra de nadie desapareció bajo la cobertura de la jungla.

No acabó tan pronto. Justo cuando Julio soltaba un poco su arma, un relámpago tronó desde la jungla y golpeó la puerta. El pesado metal se torció con la explosión pero quedó sostenido de sus bisagras reforzadas. Hubo otra explosión por encima de su cabeza que destruyó un cuarto de herramientas y lanzó fragmentos que pasaban a través de una unidad de soldados que corría. Era preocupante el hecho de que los lanzadores de cohetes estaban llegando a ser muy portátiles y fáciles de obtener en el actual mercado internacional de armas.

Pero el comandante ahora estaba organizando su contraataque. Ráfagas de disparos de un rifle automático anunciaban la retirada de los intrusos que estaban en las otras tres paredes perimetrales. Una granada de artillería que pasó silbando entre los árboles de mango puso fin al lanzamiento de misiles.

Luego el zumbido de hélices de helicóptero se unió al traqueo del tiroteo. Hubo ovación por parte de los soldados a medida que el Halcón Negro se elevó para arrasar la tierra de nadie y las ametralladoras M-60 montadas en sus puertas abiertas disparaban a la orilla de la jungla.

El grupo de asalto desapareció en la jungla bajo el ataque, pero todavía no admitirían la derrota y avanzaron para lanzar un ataque contra el Halcón Negro, o para lanzar una granada sobre la pared perimetral antes de volver a los árboles donde no los alcanzaría el fuego del helicóptero. Un francotirador incluso logró acertar un disparo a uno de los artilleros. La tropa enfurecida del Halcón Negro respondió con un misil aire-tierra que detuvo el fuego por lo menos en ese sector. Pero el tiroteo siguió en los otros lugares.

La prolongada pelea de los asaltantes sorprendió a Julio. Los guerrilleros tenían que saber que habían perdido esta vez, y no eran partidarios de causas perdidas . . . a menos que uno tomara

en cuenta sus continuos intentos de derrocar al gobierno de su país, y eso ya no parecía ser una causa perdida como antes lo había sido. Así que, ¿por qué no se daban por vencidos? Retirarse hacia lo profundo de la jungla era su costumbre cuando se enfrentaban con situaciones incómodas. Después de todo, habían infligido un daño satisfactorio por una noche.

Julio estaba metiendo violentamente el último cargador de su M-16 cuando se fijó en la sombra que se movió contra el fondo de la jungla como una nube negra, pero no como cualquier nube que él hubiera visto antes.

Tan pronto como registró la imagen, se esfumó con una explosión de ruido y fuego. Atónito, Julio miró hacia arriba. Todos los ojos de la base hicieron lo mismo, todas las bocas se abrieron con la misma expresión de horror al ver que los pedazos, destruidos y en llamas, del Halcón Negro empezaron a caer como lluvia. Una segunda explosión golpeó el depósito de combustible de la base. El fuego que hubo como resultado de la explosión se levantó hasta las copas de los árboles y avanzó más rápido que el viento como un horno de gases extremadamente calientes. Las expresiones de desaliento se convirtieron en gritos de agonía.

∴

Desde la protección segura que le daba un inmenso árbol de caoba, el líder rebelde observó la carnicería hasta que las llamas empezaron a apagarse. Entonces llevó cerca de su boca el transmisor de radio portátil. Dijo una frase, luego se desvaneció en la jungla. Su trabajo de esa noche había terminado.

∴

Hacia rato que había anochecido cuando un convoy del ejército apareció. Se preguntaban cómo era posible que las personas que estaban a cargo de la adquisición más reciente del sector y que valía varios millones de dólares hubieran perdido el contacto por radio. Uno de los reclutas que estaba allí podría haberles contado de esa sombra confusa y sospechosa, pero no había sobrevivientes.

∴

El jefe anciano no podía comprender lo que los *riowa* decían.

Había dos de ellos. Tres, incluyendo al que decía ser de su pueblo y sin embargo, no era menos extranjero que los otros,



y que usaba ropa que el jefe sólo había visto en fotos de gente importante de la tribu *riowa*; incluso una camisa tan blanca como lo había sido la del jefe antes de haber sido lavada en el río muchas veces. Sobre la camisa tenía otra prenda de un peso que era más apropiada para las laderas de las altas montañas que para el calor de la jungla. De la piel oscura salía sudor que formaba senderos húmedos por las redondas mejillas del visitante, quien constantemente jalaba un delgado pedazo de tela que tenía amarrado en el cuello.

La incomodidad del hombre parecía tan sin sentido como mucho de lo que tenía que decir, pero quizás el propósito de usar esa vestimenta era para sentirse como uno de los *riowa* importantes. No había duda de que se daba aires de jefe de la aldea, con sus inútiles zapatos brillantes.

Los otros dos *riowa*, un hombre y una mujer, no eran tan tontos. El hombre vestía una camisa delgada de algodón como la del jefe y sus pantalones no le llegaban a sus pálidas rodillas. Ni en los años que había estado en el mundo exterior, había visto el jefe a un *riowa* como éste —le llevaba un antebrazo de altura a cualquier otro hombre de la aldea, tan delgado que parecía muerto de hambre, sus ojos oscuros como aguas reposadas y el pelo se le rizaba como hojas muertas por el calor del sol. Era claro que no estaba hecho para este clima; ya el sol había tocado su piel con el mismo fuego que había quemado su pelo.

La mujer estaba vestida como él, con pantalones como un hombre. Ella también era más alta que cualquier mujer y su pelo —de un amarillo pálido como los rayos del sol— había sido cortado a la altura del cuello. Ella hablaba con la autoridad de un hombre, de tal forma que sólo la suavidad de su figura debajo de la ropa masculina revelaba que realmente era mujer. La mujer le hizo recordar al jefe a su segunda esposa, quien había muerto hacía dos décadas y que había sido sometida a base de muchos golpes. Sin duda, ella necesitaría lo mismo. Era ella quien ahora hablaba severamente al hombre que decía ser de su pueblo en un español que era peor que el del jefe mismo.

—Mira Roberto, ¿estás seguro de que él entiende qué es lo que estamos pidiendo aquí? Seguramente ya le has explicado lo que las compañías de petróleo van a representar para él y su pueblo. Esta es la aldea que está más cercana al lugar de excavación. Necesitamos tener su apoyo si vamos a reclamar esta región como parte de la reserva.

Su intérprete se pasó un pañuelo húmedo por la cara. —He

hecho lo mejor que he podido. Esta gente es lenta para entender; sobre todo el anciano. Pero voy a intentarlo de nuevo.

Roberto Quiroga hizo poco esfuerzo para ocultar su desdén mientras miraba alrededor del círculo de hombres de la aldea, algunos de ellos sólo vestían una tanga de cuero, otros con los pantalones rotos que habían aprendido a usar como resultado de su exposición al mundo exterior. Su madre procedía de una aldea como ésta; conformada por un puñado de chozas de bambú ubicadas a la orilla de un río de la jungla, un hecho que por mucho tiempo había dejado en el olvido, hasta que su sangre nativa de repente llegó a serle conveniente. La lengua que ella le había enseñado en la niñez, le había ayudado a conseguir el codiciado puesto con la Dirección General de Asuntos Indígenas, pero esta era la primera vez que realmente se aventuraba entre los asentamientos de la jungla del pueblo de su madre.

El murmullo preocupado de los aldeanos dejaba ver sus encías ennegrecidas sin dientes y los ojos de una pequeña niña, que observaba desde el interior oscuro de una choza de bambú, estaban hinchados y con costras a causa de encontrarse en las etapas iniciales de glaucoma. Al lado de la choza surgieron moscas de un montón de entrañas y pieles desechadas y se pararon en su manga. Miles más de moscas revoloteaban sobre los esqueletos sangrientos de dos jabalíes que estaban colgando de un árbol cercano.

¡Y esa era la vida que estos gringos tan ansiosamente querían preservar! Entonces los americanos estaban todos locos.

Sin embargo, ellos pagaban bien. . . .

Tras erguirse bajo el abrigo de su traje, que era la insignia de su estatus civilizado, Quiroga vio con severidad al jefe de la aldea que estaba sentado con un aire real frente a él sobre un tocón de caoba.

—Escúcheme, anciano. Esta gente que está conmigo ha venido desde Norteamérica para ayudarnos. Ellos tienen amigos poderosos y mucho dinero y lo quieren usar para pelear contra *el gobierno*. —Él usó la frase en español pues no había equivalente en la lengua de su niñez—, en representación de nosotros. Las instrucciones de los otros líderes de nuestra tribu son que su pueblo les dé cualquier cosa que les pidan.

El jefe no le dio a esta orden disimulada más consideración que la que merecía. Los asentamientos restantes de su pequeña tribu amazónica estaban a una considerable distancia y en esta aldea, por lo menos, su palabra era ley. Haciendo un ademán brusco con la mano, interrumpió la plática. —¿Por qué están ellos aquí?

—¿Cómo puede usted preguntar por qué están ellos aquí?



—prorrumpió molesto Quiroga—. ¿No se lo he explicado una y otra vez? Ellos quieren ayudarnos a oponernos a los extranjeros que quieren hacerle daño a nuestras tierras.

—¡No, no! —el jefe emitió sus palabras impacientemente—. Lo que pregunto es, ¿por qué quieren ayudarnos? Uno no da ayuda si no pide algo a cambio. Nosotros no somos más que un pueblo pobre, en un país pobre y no tenemos nada que ofrecerles. ¿Por qué desearían estos *riowa* hacer todo este viaje desde su país para darnos la ayuda de la que nos está hablando? ¿Qué buscan de nosotros?

—Son espías de la guerrilla —dijo entre dientes uno de los aldeanos por detrás del hombro del jefe. Fulminando con su mirada a los visitantes, movió su lanza de forma amenazante—. ¿No son acaso los guerrilleros los que quieren que los extranjeros se vayan de estas tierras? Ya hemos visto el papel escrito que las FARC le han dado a estos *riowa* para atravesar nuestro territorio.

Se oyó un murmullo de aprobación que emitieron los otros hombres.

—Oigan, esperen un minuto, ¿qué están diciendo? —preguntó en tono de demanda la mujer. Ella emitió un suspiro audible cuando Quiroga le tradujo los comentarios del jefe—. La guerrilla ha sido lo bastante decente para darnos un conducto seguro, pero nosotros *no* estamos aliados con ellos. Honestamente, ¡yo pensé que tú les habías explicado todo a ellos, Roberto! Está bien, empecemos de nuevo, pero esta vez, tú díselo a él exactamente como yo te lo digo a ti. ¿Entendido?

Los ojos de Quiroga ardían de cólera por su tono tan cortante, y sólo el recordatorio del cheque de bonificación le quitó la molestia a su cara a medida que comenzó a traducir el mal español de ella. Quizás algunas de las viejas costumbres tenían mérito, después de todo al menos una mujer conocía su lugar.

—Miren, los guerrilleros deben tener sus razones para querer mantener a las compañías petroleras fuera de aquí, pero les aseguro que no tenemos nada qué ver con ellos. Como ya les hemos explicado, la Coalición para la Preservación de los Pueblos Amazónicos es completamente no lucrativa. No deseamos quitarles nada o beneficiarnos de ustedes en foma alguna. La razón por la que estamos aquí es porque admiramos y respetamos la vida que han construido y queremos ayudarlos a que la conserven.

La mujer se detuvo por un momento para nivelar su seria mirada con la del viejo jefe.

—¿Sabe usted cuánto tienen para enseñar al resto del mundo?

Ustedes estaban practicando genuina ecología cuando el hombre blanco estaba talando bosques, quitándole a la tierra sus metales y combustibles, y agotando el suelo con sus cultivos. Sólo observen cómo viven ustedes, en tan perfecta armonía con las necesidades del bosque que los rodea. Ustedes siembran sus cultivos bajo el abrigo de grandes árboles en lugar de talarlos. Ustedes cambian de lugar sus aldeas y campos de cultivo cada cierto tiempo para que la tierra pueda renovarse. Y la forma como ustedes han contenido el crecimiento de su población para que los animales puedan florecer en su propio nicho biológico en la cadena alimenticia. ¡Es increíble!

Un tinte de desdén bordeaba la traducción de Quiroga mientras la voz de la mujer subía de tono con el entusiasmo de una fanática. —¡Y usted se pregunta por qué queremos ayudarlo! Usted y su pueblo son un ejemplo para nuestro mundo contaminado y superpoblado, de cómo deberíamos cuidar y proteger nuestra Madre Tierra, en vez de explotarla o destruirla. Por eso hemos venido para ayudarlos a oponerse a los que quisieran destruir su forma de vida y meterles en la cabeza sus propias ideas y culturas.

Al perder el ímpetu, la mujer alcanzó un portafolios que estaba a sus pies. Buscó una superficie donde colocarlo antes de dejar caer el estuche sobre los brazos de Quiroga y abrió los seguros.

—¡Venga! —Sacó una computadora portátil y la puso sobre el portafolios—. Quizá —le dijo a Quiroga—, si les mostramos el mapa y les explicamos qué es lo que queremos hacer. . . .

Surgió una exclamación colectiva por parte de los aldeanos a medida que la pantalla de la computadora cobró vida. Un mosaico de colores café y verde reemplazó el emblema de *Microsoft*. A medida que volteaba la computadora para que estuviera frente al jefe, le dijo a Quiroga:

—Dile que ésta es una foto de su tierra tomada desde muy arriba en el cielo.

Dándole una mirada sombría, Quiroga deliberadamente se inclinó para colocar el incómodo peso que tenía en los brazos en la tierra, antes de voltearse hacia el jefe. Pero antes de que pudiera traducir, el jefe anunció con dignidad silenciosa: —Yo sé lo qué es un mapa.

La mujer se interrumpió desconcertada. —Así que usted habla español —dijo con una mezcla de confusión y alivio—. ¿Por qué no nos . . . ?

—Conozco las palabras que usted dice —continuó el jefe—, pero no entiendo lo que significan. Esa palabra: ‘Ecología’. No



sabemos de qué está hablando. Nosotros tomamos de la tierra lo que necesitamos para sobrevivir. Si hemos sembrado a la sombra de los grandes árboles, es porque no hemos tenido un machete lo bastante grande para cortarlos. Si debemos mudarnos seguido a tierras nuevas, es porque el suelo en el que cultivamos nuestras siembras llega a ser muy pobre como para producir la comida que necesitamos. Si nuestra gente no se ha esparcido por la tierra, es porque las enfermedades de la estación húmeda y los ataques de nuestros enemigos han hecho que nuestra gente sea poca. Nosotros nunca nos hemos propuesto cuidar la tierra como nuestra Madre. Simplemente hemos buscado sobrevivir.

La mujer quedó sin palabras. Luego, recobró la compostura. —Bueno, quizás usted no ha entendido todas las implicaciones de lo que está haciendo. Pero yo puedo asegurarle que su forma de vida es exactamente lo que este planeta necesita. Y por eso es que nosotros vamos a hacer todo lo que podamos para asegurarnos que siga así.

Ella se interrumpió para buscar a su otro acompañante. El hombre había salido y estaba merodeando por la aldea, agachando su cuerpo desgarbado para mirar a través de las bajas puertas de las chozas de bambú. Ella aumentó el volumen de su voz. —Eh, John, tomemos unas fotos aquí. Vamos a necesitarlas para Relaciones Públicas. Quizá puedes empezar con esos niños que están allá.

John levantó una mano en señal de que había entendido. Sacó una cámara de vídeo de la bolsa que llevaba al hombro y la enfocó en un trío de niñitos morenos desnudos que forcejeaban bajo la sombra de un árbol de mango. A medida que su lente viajaba hacia una anciana india, que estaba enrollando pelo de cabra para hacerlo hilo con un huso de mano, su compañera se encucilló para tocar la pantalla de la computadora.

—Pues bien, —le dijo al jefe— usted entiende que esta línea aquí representa a su país o mejor dicho el país de los españoles que tomaron su tierra. Lo verde aquí es la jungla. Estas líneas azules son ríos. Justo aquí está el río donde usted vive. ¿Ve el punto rojo aquí? Ésa es su aldea. Lo café aquí es selva tropical que fue designada como reservas de vida salvaje por el gobierno colombiano. Y aquí —esta fea mancha negra— es lo que las compañías petroleras quieren excavar solamente para mantener las ruedas del mundo dando vueltas por unos meses más.

La mujer hizo una pausa. —¿Me ha seguido hasta acá?

El jefe asintió con la cabeza lentamente, guardando la serenidad de su expresión.

—Bien. Ahora, estos puntos rojos aquí son las aldeas donde el resto de su gente vive, me temo que bastante lejos de ustedes. Esta línea anaranjada muestra la reserva que la Dirección General de Asuntos Indígenas ha apartado para su tribu. Pero, por supuesto, esto no incluye su aldea y como podrá ver por esta nueva línea —con un toque en el teclado una línea morada apareció en el mapa—, es sólo una porción de la tierra que su pueblo tuvo en un tiempo antes de que llegaran los españoles. Así que esto es lo que queremos hacer. Su liderazgo tribal, es decir, con un poco de ayuda logística de la C-PPA (Coalición para la Preservación de los Pueblos Amazónicos).

Una tercera línea —color turquesa apareció en la pantalla—. Vamos a ampliar el reclamo de su tribu para incluir todo esto. Todavía es un millón de hectáreas, o algo así, menos de lo que era su tierra ancestral original. Pero pensamos que esto es un arreglo razonable. Como podrá ver aquí, el lugar de las perforaciones de la compañía petrolera está fuera de la reserva original y de las reservas nacionales de vida salvaje, pero muy adentro de la tierra que nosotros —es decir, su autoridad tribal— vamos a reclamar. Si la reservación se aprueba, las perforaciones de petróleo tendrán que detenerse.

Su apasionada vista se volteó hacia el jefe. —Pero nosotros necesitamos su ayuda. Ustedes son la única aldea de su tribu ubicada en esta parte de la jungla. A menos que usted con el resto de su tribu estén firmes en demandar que se detengan las perforaciones de petróleo y que la tierra les sea devuelta a su pueblo, los tribunales ni siquiera considerarán incluir este territorio.

El jefe estudió la pantalla sin pestañear, usando las curvas de los ríos y el café y el blanco de los picos de las montañas para trazar en su mente las distancias que no había viajado en muchos años. Aunque era muy extraño, esto era mucho mejor que los viejos mapas de papel que en otro tiempo aprendió a usar con los *riowa*. Luego sacudió su cabeza lentamente.

—Pero esto es mucha tierra. Muchos, muchos días de viaje. Y mi gente es poca, como unos cuantos miles, aun con los que viven en estas otras aldeas. No entiendo. ¿Qué querríamos hacer con tanto? ¿Y qué de los que no son de mi pueblo y que viven en estas tierras? —El jefe señaló unos cuantos puntos dispersos que estaban marcados con los nombres de pueblos y aldeas—. ¿Cómo seríamos, entonces, diferentes de los españoles si quisiéramos tomar toda esta tierra para sólo un puñado de gente?

»Y este lugar para la perforación del petróleo del que usted

nos habla. Está a una gran distancia de aquí. Dos días enteros en canoa por el río. Ni siquiera es buena tierra para cazar. Así que, ¿por qué tendríamos que preocuparnos si los *riowa* quieren hacer un hoyo en la tierra allí para sacar el petróleo para sus aldeas y sus casas? Nosotros no lo necesitamos.

—¿Por qué tendrían que preocuparse! —dijo la mujer con un grito ahogado—. ¿Cómo puede hacer esta pregunta? El petróleo es la sangre que da vida a nuestra Madre Tierra. Si lo extirpan de sus venas, la destruirán. Su tribu se ha comprometido a proteger a nuestra Madre Tierra de ser violada. ¿No es eso parte de las enseñanzas sagradas de su pueblo?

—¿Quién le dijo esa tontería? —el jefe dirigió su vista pensativa hacia Quiroga, quien se ruborizó y miró hacia otro lado—. ¿Cómo podría este *petróleo* ser parte de nuestras enseñanzas sagradas? Hasta que los *riowa* empezaron a sacarlo de la tierra para quemarlo en sus máquinas, nosotros ni siquiera sabíamos que existía. Mi pueblo que nunca ha salido de esta aldea todavía no entiende qué es esto de lo que usted habla.

La mujer le lanzó su propia mirada acusadora a Quiroga. —Mire, la información que recibimos acerca de sus creencias tribales dice que el petróleo es sagrado para ustedes. Esa es la base de nuestra demanda legal. Quizá los traductores entendieron mal algunas cosas. Pero cualesquiera que sean sus creencias, debe ver qué significarán para usted y su pueblo las compañías petroleras. Sólo mire cuántas han venido ya a sus tierras con el paso de los años, pensando que son superiores y demandando que ustedes renuncien a su propia cultura y herencia por la de ellos. Primero, los españoles, codiciosos de su tierra. Y en el curso de su propia vida, los misioneros. Nosotros sabemos cómo vinieron los misioneros y trataron de imponerles la religión del hombre blanco y hacer que ustedes cambiaran las tradiciones de sus ancestros.

La mujer se inclinó hacia adelante de forma suplicante. —Si a las compañías de petróleo se les da rienda suelta, será mucho peor. Habrá caminos que atraviesen sus campos de caza. Habrá pueblos y leyes y escuelas en otra lengua. Pero si ustedes se unen a nosotros para que aprueben esta reserva, serán capaces de cerrarle las puertas al mundo exterior para siempre. Sólo aquellos a quienes su tribu les permita, podrán vivir y construir en su territorio. Ustedes podrán volver a vivir como sus ancestros, nutriendo y protegiendo a la tierra, es decir, a su Madre. Y nunca más nadie intentará traer cambios a su pueblo. La Coalición para la Preservación de los Pueblos Amazónicos ha jurado pelear. . . .

—¿Y si nosotros no queremos vivir como nuestros ancestros? Esta tranquila exclamación interrumpió con fuerza a la mujer. ¿Acaso se trataba de algún tipo de broma de la jungla? Pero la expresión del jefe era más impasible que nunca.

—¡Usted! —prosiguió el jefe abruptamente—. ¡Dígame! ¿Vive como sus ancestros?

Mientras ella se mordía los labios, él respondió: —No, yo creo que no, porque entonces usted no estaría aquí hablando como hombre. Usted estaría en su choza con sus bebés, que es el lugar adonde una mujer pertenece.

—Y estas máquinas. La que toma fotos —su ademán indicaba al fotógrafo cuya cámara se estaba enfocando en ese momento en una niña que golpeaba maíz en un mortero de madera ahuecada—. Y su *com-pu-ta-do-ra*, —pronunció cuidadosamente—. Éstas no son las costumbres de sus ancestros. Yo lo sé. He estado en el mundo exterior y he visto las fotos de hace mucho tiempo y de las cosas que su pueblo ha construido. Así que, ¿por qué piensa que mi pueblo es tan diferente de ustedes? ¿Que nosotros deberíamos desear sólo lo que pertenece al pasado? ¿Que nosotros no escojamos el especular, preguntar y explorar, así como ustedes lo han hecho?

La mujer hizo una pausa para estudiar al jefe de la aldea con el ceño fruncido. De alguna forma, esto no estaba saliendo como ella esperaba. El jefe era muy anciano, su cara morena estaba marcada como un mapa de arrugas, la melena negra característica de su pueblo se había reducido a unos cuantos mechones blancos, su cuerpo que en otro tiempo había sido fornido, se había marchitado y era del tamaño de un niño y tan frágil que había sido necesario que dos mujeres de la aldea —¿hijas? ¿esposas?— lo acomodaran en el tocón que habían rodado hacia el polvoriento terreno que servía como prado comunal. Ella estaba preparada para la necesidad y las quejas de la edad, pero no para la inteligencia que calmadamente la miraba desde esos astutos ojos negros. Ella abrió su boca a la defensiva, pero luego la volvió a cerrar a medida que el jefe continuó suavemente.

—Yo soy viejo, y hay pocos que recuerdan que los días pasados fueron mejores. Cuando yo era niño, merodeaba por la jungla y miraba las estrellas de la noche, y también me preguntaba muchas cosas. Cierta día, descubrí una nueva forma de hacer una flecha. Mataba al mono y al *jochi* desde una mayor distancia que la forma antigua y yo estaba contento. Pero cuando se la enseñé a mi padre, se enojó. Así como usted, él me dijo que ésa no era la costumbre



de nuestros antepasados, y me pegó por tener pensamientos distintos.

Entonces, nuestro jefe se enteró de mis flechas. Él estaba contento, a diferencia de mi padre que no lo estaba. Pero él no usó mis flechas para cazar al mono y al *jochi*. Él mandó que le hicieran muchas de esas flechas, y luego tocó los tambores para hacer la guerra contra nuestros enemigos. Las flechas disparaban más lejos que las de ellos y su aldea fue destruida. Pero los muertos tenían familiares en otra aldea. Ellos vinieron y atacaron nuestra aldea. Combatimos con ellos, pero mi padre y toda mi familia murieron. El jefe dijo que mis flechas habían traído los espíritus malos a la aldea. Hizo que el brujo echara una maldición sobre mí de modo que me sacaron de mi pueblo.

El jefe miró directamente a la mujer. —Ése es el mundo al que usted requiere que volvamos. Cuando yo salí de mi pueblo, vagué por muchos años en el mundo exterior, y descubrí mucho de que maravillarme y aprender. Aprendí sobre el petróleo, la electricidad y las máquinas. Y aprendí que todas las cosas no son buenas sólo porque son nuevas. Pero los *riowa* allá fuera no eran mi pueblo, así que volví a mi hogar.

»Cuando regresé, encontré a los misioneros de los que usted habla. Sí, quizás ellos cambiaron nuestras costumbres como usted dice. Ellos no le temían a los espíritus malos sino que enseñaban de un Dios que quería que lo amáramos y que nos amáramos unos a otros. No todos siguieron sus costumbres pero sí los suficientes, de modo que la guerra terminó. Desde que mi hijo era un niño, ninguno de los pueblos de estas junglas ha tomado el camino de la guerra. Los misioneros también trajeron sus formas de curar, y nuestros niños dejaron de morir. Ellos nos enseñaron a obtener más comida de la tierra. ¿Eran estas cosas tan malas sólo porque no las conocíamos antes?

»Ahora, los últimos misioneros se han ido. Los guerrilleros que también quieren estas tierras los sacaron. Y yo, yo estoy viejo. Pero no olvido. Cuando los jóvenes hacen preguntas, yo no les digo: “No, ustedes no deben tener nuevos pensamientos. Ustedes deben hacer sólo lo que hacían sus ancestros”. Yo les digo: “¡Salgan! ¡Aprendan! Hay un mundo que conocer más allá de nuestra aldea. Pero de lo que aprendan allí, traigan sólo lo que va a ayudar a su pueblo”.

El tono de la voz del jefe repentinamente se puso severo. —Usted y sus compañeros . . . no son los primeros en venir y hablarnos así acerca de las costumbres de nuestros ancestros. Los antropólogos vinieron antes. Ustedes no hacen lo que requieren de nosotros.

Ustedes dejan que su mismo pueblo aprenda, pregunte y crezca. Pero mi pueblo . . . ustedes siempre nos mantendrían de la misma forma, sin cambiar nunca. ¿Y por qué? Para que ustedes puedan venir, estudiarnos, tomarnos fotos y decir cuán interesantes son nuestras danzas, nuestros festivales y nuestras costumbres. Es como si para ustedes nosotros fuéramos como los animales que yo vi en los zoológicos en las ciudades de los *riowa*.

La mujer casi pudo imaginar un destello detrás de la mirada astuta del jefe a medida que él movía una mano hacia las chozas de paja que tenía detrás.

—Si usted verdaderamente cree que nuestras costumbres son las mejores, entonces venga y practíquelas. Yo . . . mi nieto va a ir a la universidad.

Se escuchó una risa detrás de la mujer. Ella se volteó enojada.

—¿Cuál es el chiste? —dijo bruscamente en inglés—. No me estás siendo de mucha ayuda, John.

El fotógrafo hizo una toma de su cara furiosa antes de bajar la cámara.

—¡Eh ,Winnie! Me gusta este tipo. Ha dicho algunas cosas buenas. No es un tonto, aunque lo trates como si lo fuera.

—No es nada divertido —dijo la mujer rígidamente—. *Tenemos* que lograr la cooperación de esta gente. Sólo mira el tamaño de esas maderas. ¿Te das cuenta de que estuvimos volando durante horas sobre todo eso sin ver un solo pueblo? Y ¿se supone que debemos dejar que todo esto se vaya por el desagüe porque un puñado de occidentales codiciosos no puede controlar su sed de petróleo? Ellos han construido una sociedad de tecno-basura de la explotación de los recursos que quedan en nuestro planeta.

El fotógrafo sonrió maliciosamente al mirar a la computadora abierta. —¿Quieres decir tecno-basura como computadoras y módems de satélite para conectarse a la C-PPA y ese pequeño avión que nos trajo aquí para que no tuvieras que caminar? Como dijo el anciano, no te veo tratando de arreglártelas sin eso o de volver a la naturaleza. Mira, si realmente tus convicciones van en serio, estoy seguro de que el jefe podría encontrarte un hombre a quien no le importaría tener un par de manos adicionales para restregar su ropa y frotar su espalda.

La mujer miró alrededor, al círculo de indios que estaban parados allí con indiferencia y con sus brazos cruzados sobre sus pechos desnudos. El más cercano había estado cazando ese día, y el fétido olor de una piel de mono recientemente lavada que



tenía metida entre su tanga se mezclaba con su propio olor corporal. Ella se estremeció.

—¡Ese no es el caso! Está bien, así que nuestra civilización actual no funcionará sin petróleo. Pero por lo menos pueden obtenerlo en otra parte. Tú has visto lo que ha estado sucediendo aquí. Cada vez que construyen un oleoducto, los guerrilleros lo vuelan. Es decir, millones de galones de petróleo han sido derramados en el ecosistema por toda Colombia estos últimos años. Y no hay forma de que esto no vuelva a suceder si ellos continúan abriendo pozos aquí. Nosotros estamos justo en territorio guerrillero.

—Entonces díles la verdad —dijo John de manera razonable—. Vamos, Winnie, tú sabes tan bien como yo que no te importa un comino esa gente ni su cultura, ni cualquier otro ser humano en este planeta, por ese asunto. Ni te importa un pepino si las compañías petroleras están ejerciendo controles ambientales adecuados. Si ellos cumplieran todas las demandas que les estás haciendo, todavía estarías gritando para mantenerlos fuera de aquí. Lo cierto es que la Dra. Winifred Renken simplemente no quiere que *nadie* ocupe una pulgada más de su preciosa selva tropical.

—¿Y qué hay de malo en eso? —Su tesis doctoral había sido el estudio de una desconocida orquídea del Amazonas. La destrucción de esa extraña flor por parte de una descuidada compañía maderera, incluso antes de que la tinta de su tesis se secara, había cambiado su enfoque de la botánica al activismo ambiental. La Dra. Renken miró a su compañero con el ceño fruncido—. Este es uno de los últimos tramos de selva tropical en la faz del planeta que aún se preservan intactos. ¡Quién sabe cuántas especies de plantas y animales están aquí que todavía no hemos catalogado! Quizás hasta la cura del cáncer. ¿Y cuándo terminarás de criticar mis convicciones? Se supone que tú eres mi refuerzo aquí. Si no apoyas nuestras metas, no tienes nada qué hacer con la C-PPA.

—Mira, la C-PPA no me contrató para abrazar árboles —repliqué el fotógrafo—. Me contrataron para tomar fotos. Ah, seguro, estoy en lo cierto. De lo contrario, la C-PPA no me habría tocado. No me gusta ver que talen los árboles como a cualquier otro. Pero no estoy ciego. ¿Piensas que yo creo que esos líderes tribales en sus lugares de origen decidieron, por cuenta propia, hacer un reclamo por un mayor pedazo de este país? La C-PPA estuvo detrás de eso desde el principio. ¡Tú lo sabes, y yo lo sé! Quiero decir, pongamos los pies sobre la tierra; si cada grupo étnico va a empezar a reclamar las tierras en las que vivieron sus ancestros hace cuatrocientos

años, ¡tendríamos que volver a trazar todos los atlas de la biblioteca! De todas formas, ¿qué se supone que deben hacer unos cuantos miles de gente con todo ese territorio? ¡Nada! Y precisamente ése es el punto, ¿verdad? Tú quieres que la selva tropical permanezca sin tocar y sin desarrollarse, y esta gente es la forma más fácil de legitimar tu demanda de eso.

El fotógrafo se inclinó hacia abajo desde su larguirucha estatura para acercar más su maliciosa sonrisa a su compañera, quien tenía una expresión tormentosa. —Vamos Winnie —continuó el fotógrafo—, sólo quiero escucharte admitirlo. En la C-PPA no se trata de preservar a los pueblos amazónicos. Se trata de preservar la jungla amazónica. Lo cual está bien para mí. Yo estoy a favor de salvar la selva tropical. Pero, simplemente, ¡no te engañes a ti misma en cuanto a cómo o por qué lo estás haciendo! Y no trates de engañar a ese anciano que está allí. Él es tan inteligente que ve a través de ti, como una jarra de agua embotellada.

—¡Ya cállate John! —dijo cansada la Dra. Renken. Se hizo hacia atrás su húmedo flequillo—. Está bien, vamos a intentarlo a tu manera. Pero será mejor que funcione, porque no me voy de aquí sin un sólido compromiso verbal grabado en vídeo. Cerró bruscamente la computadora portátil, y asintió con la cabeza en dirección de la cámara de vídeo mientras se levantaba. Los aldeanos habían estado esperando en paciente silencio mientras ellos hablaron en inglés. Ignorando la rápida oferta de Quiroga de traducir, la Dra. Renken miró al jefe de frente.

—Por favor, perdónenos, —le dijo con una humildad que no había utilizado desde que era una estudiante universitaria—. Nosotros criticamos a otros por venir aquí a decirles cómo deberían vivir y ahora estamos haciendo lo mismo. Usted tiene razón y nosotros estábamos equivocados. A ustedes les toca decidir cómo quieren vivir, ya sea con las costumbres de sus ancestros o en forma distinta para un mundo nuevo.

Sus manos hacían ademanes suplicantes, no sólo para el jefe, sino para todo el círculo de aldeanos. —Pero seguramente, independiente del cambio que escojan para su pueblo, no van a querer ver todo esto —los árboles, los animales que ponen comida en sus ollas, los peces del río— destruido. Éso es lo que sucederá si a los extranjeros —al hombre blanco— se les permite ingresar a esta selva. No sólo las compañías petroleras, sino también los que vendrán después para cortar los árboles y embarcar madera al extranjero, para excavar el oro y la plata y para ahuyentar a los animales haciendo espacio para ganado y granjas.



Ella tenía ahora la atención del jefe, y la convicción que había en su tono de voz tenía el peso que sus anteriores argumentos no habían tenido. —Usted dice que no importa si los extranjeros llegan, porque lo que ellos quieren hacer está lejos de sus aldea. Pero debe creerme cuando le digo que ellos no se quedarán lejos. Cuando hayan acabado de destruir una parte, continuarán avanzando hasta que un día sus nietos se darán cuenta de que ya no hay más jungla para sus propios hijos. Nosotros hemos visto cómo ha sucedido esto en otros lugares. Por eso, si usted ama estas tierras, debe detener a los extranjeros aquí y ahora, antes de que empiecen.

Los murmullos asustados y miradas hacia los lados era todo lo que ella podía esperar. Evidentemente, el jefe no era el único hombre de la aldea que había estado en el mundo exterior lo suficiente como para aprender español. Ella lanzó una mirada triunfal al fotógrafo. —Los tenemos, John. Echa a andar la cámara.

Su placentera convicción duró sólo hasta que el jefe habló, mientras su vieja cara arrugada mostraba su desconcierto: —Pero ¿no sabía usted? ¡Esos extranjeros —los hombres blancos— ya están aquí!



El fotógrafo siguió de cerca a la Dra. Renken en su camino hacia el río. —Vamos, Winnie, ¡esto es ridículo! No podemos simplemente salir corriendo hacia la jungla de esta forma. ¿Qué pasaría si los que vieron los cazadores allá eran guerrilleros? ¡Podríamos estar caminando justo hacia sus manos! Ese salvoconduto que te dio tu comandante con mentalidad ecológica de las FARC, era para la aldea, no para andar merodeando por territorio guerrillero. Por lo menos, deberíamos llamar a la C-PPA y ver qué es lo que quieren que hagamos al respecto.

Él conocía a algunos colegas de la Dra. Renken. *Probablemente ellos sólo la animarían*, pensó amargamente.

Manteniendo el paso de los seis cazadores de la aldea que iban delante de ella, la Dra. Renken no disminuyó sus rápidas zancadas. —No hay tiempo. Además, el jefe es categórico al decir que no eran guerrilleros los que vieron sus hombres allá afuera. Y Roberto mismo entrevistó al grupo de cazadores. Quienquiera que hayan visto, no eran simplemente colombianos no indígenas. Ellos saben la diferencia. Eran gringos. Extranjeros blancos. Y eso quiere decir que las compañías petroleras han decidido no esperar la decisión del tribunal. Ellos ya están perforando sus pozos de

exploración, pensando que nunca nos daríamos cuenta. Si pueden señalar exactamente dónde está el petróleo para cuando el tribunal dictamine, ellos tendrán un año de ventaja. Se estarán mudando aquí como una plaga de langostas antes de que siquiera podamos apelar.

Medio resbalándose por la orilla lodosa del río, la Dra. Renken metió su portafolio en una canoa. Dos de los aldeanos estaban ya poniendo lanzas largas, y arcos y flechas en el fondo de la canoa. Los otros estaban metiendo dos canoas más al agua.

—¿Acaso no puedes verlo, John? —dijo con seriedad la Dra. Renken, refiriéndose con ademanes a los cazadores—. Si estos tipos realmente nos pueden llevar de vuelta a donde ellos vieron a los gringos, si realmente los podemos captar con la cámara quebrantando la ley, entonces podemos sacar a luz este caso. ¡Piensa en las Relaciones Públicas! ¡Quizás hasta la televisión internacional! Una vez el mundo entero vea cuán corruptas y clandestinas son las compañías petroleras, ningún tribunal va a dictaminar en su favor, no importa cuánta presión gubernamental ejerzan en la gente del lugar.

John se abrió paso en la orilla del río detrás de ella, con los brazos como aspas de molino cuando de repente se resbaló en lodo. Agarró su cámara instintivamente para protegerla y abruptamente se sentó en el lodo.

—Está bien —dijo John—, pero ¿no podemos pensar en esto un poco? Para empezar, ¿por qué razón estamos subiéndonos en esta canoa y no en el avión?

A un tiro de piedra río arriba, el Cessna 206 anfibia que los había llevado a la aldea estaba flotando en la orilla, y su piloto colombiano estaba parado en la puerta abierta, sin hacer nada, viéndolos y con sus pies apoyados en uno de los amplios flotadores. El fotógrafo vio las canoas con desaprobación. Su única propulsión visible eran los largos remos de madera que en ese momento estaban levantando los cazadores. —Seamos prácticos, Winnie —continuó el fotógrafo—. Eduardo puede llevarnos en avión. Ubicaremos el lugar de excavación y luego llamamos a las autoridades. ¡Sin sudar!

—¡Correcto! ¡Como si tuviéramos un mapa con las coordenadas señaladas! Los cazadores ni siquiera podrían decirnos dónde es oriente ni occidente —sólo ‘por ese río y por aquella curva’, etcétera. Eso es mucho territorio para estar volando a ciegas, aun si pudiéramos estar seguros de que el lugar es visible a través de los árboles. No, la única forma de encontrar el lugar es



dejar que estos tipos nos lleven a donde vieron a los gringos. Además, no podemos esperar a las autoridades.

Si las compañías petroleras terminan la exploración antes de que llegemos allí o si ellos perciben que alguien está espíandolos, saldrán de allí en un abrir y cerrar de ojos y nunca podremos probar lo que están haciendo. Debemos agarrarlos con las manos en la masa.

El fotógrafo sacó una mano para detener a la Dra. Renken cuando comenzó a meterse a la canoa. —¡Está bien! —dijo él—. Pero no tiene sentido arriesgarnos los dos de esta forma. Tú espera aquí con el avión mientras yo voy y tomo las fotos.

Con una sonrisa de incredulidad, ella se sacudió su mano de encima. —¿En qué siglo crees que estás viviendo? Esta es mi fiesta, ¡y yo voy a ir! Y también Roberto. Vamos a necesitarlo para que hable con estos tipos. ¡Roberto!

El intérprete todavía estaba llegando a la orilla, dando pasos cautelosos para no ensuciar con lodo sus zapatos de vinilo. Personalmente no veía por qué tenían que ir a la jungla por lo que les había dicho un cazador, y había estado de acuerdo en ir sólo porque la mujer lo había amenazado con no pagarle si no lo hacía. ¡Si necesitara más pruebas de que estos gringos estaban locos!

De mala gana, apresuró sus pasos cuando los cazadores empujaron la última canoa hacia el agua. Al trepar por la borda, la Dra. Renken volteó su mirada hacia el fotógrafo. —Por supuesto, no veo por qué no puedas *quedarte* con Eduardo —dijo la mujer con sarcasmo—. Siempre y cuando yo me lleve la cámara.

—¡Ni muerto! —el fotógrafo sólo esperó que Roberto se metiera en la segunda canoa para meterse en la tercera—. La C-PPA tendría mi cabeza si te dejas ir sola —le dijo a la Dra. Renken—, no importa en qué siglo estemos. No. Tú vas, yo voy. Aunque todavía pienso que esta es la cosa más tonta en que este trabajo me ha metido hasta ahora.

—Es asunto tuyo —respondió ella con indiferencia. Ya su portafolios estaba abierto y la Dra. Renken estaba encendiendo la computadora—. En cuanto al avión, Eduardo puede esperar aquí hasta que regresemos. Sólo voy a conectarme con la base y les diré que vamos a atrasarnos un poco. Me pregunto, ¿qué tan lejos puede estar este lugar? Ellos dijeron que estaba dentro de su territorio de caza.

Horas más tarde, ella todavía se hacía la misma pregunta. La flotilla de canoas hacía rato que se había desviado del río que corría por la aldea a un afluente más pequeño. Desde entonces, ellos ya no sabían en qué dirección estaba la aldea. La corriente en la que

estaban flotando en ese momento era ancha y poco profunda, entre orillas altas.

La Dra. Renken se estremeció cuando pasaron por una playa donde una docena de caimanes, la versión amazónica del lagarto, estaban tomando sol. Arriba de ellos, en la orilla, ella vio la primera habitación humana desde que salieron de la aldea; un grupo de cabañas de paja que anidaban bajo el pabellón de la jungla. Abajo en la playa, una barricada de estacas separaba, como una pared, a seis canoas de los caimanes dormidos.

Los remadores no disminuyeron la velocidad al acercarse a la aldea. En lugar de eso, siguieron remando, arrojando miradas de preocupación hacia la villa, mientras pasaban por ella. Las tres canoas permanecieron juntas. La aldea estaba notablemente tranquila, no había ningún ruido ni movimiento; como si todos se hubieran escondido tan pronto vieron que la flotilla se acercaba.

—¿Enemigos tribales?, —preguntó en voz alta la Dra. Renken.

En la otra canoa, John sólo se estremeció. Él estaba, cada vez, más callado y taciturno mientras pasaban las horas; con su ceño fruncido, se concentraba atentamente en la pared que formaba la jungla en ambos lados.

Los remadores no mostraban ninguna consecuencia de su actividad agotadora, bajo un sol abrasador, en el río abierto. Sus desnudas espaldas bronceadas se doblaban de manera rítmica, hora tras hora, con las fuertes remadas. Roberto, mientras tanto, había sido obligado por el calor a quitarse el saco y la corbata.

Por encima del hombro, la Dra. Renken se dirigió a su intérprete: —Roberto, averigua cuánto más falta. La verdad es que no quisiera tener que pasar la noche aquí.

Roberto accedió con resentimiento. El remador de enfrente volteó hacia Roberto por su repentina pregunta. Su respuesta de dos palabras había sido repetida tanto que no necesitaba traducción: —No mucho.

Pero esta vez parecía que había algo de verdad en la afirmación. A sólo unos cientos de metros después de la aldea, los remadores dirigieron las canoas hacia un canal delgado y profundo. Un kilómetro después, el canal vertía sus aguas en un amplio cenagal invadido de algas. Los cazadores remaron hacia la orilla, donde surgió otra complicación.

—¿Qué? —preguntó la Dra. Renken, después de que sólo ella, John y Roberto salieron de las canoas—. ¿Quieres decir que ellos no vendrán con nosotros?

—Ellos dicen que si ustedes siguen ese camino, —Roberto



hizo señas hacia la orilla donde se alzaban algunos de los árboles más altos que ellos hubieran visto y que formaban un espeso pabellón—, llegarán al lugar donde ellos vieron a los extranjeros. »Pero que ellos no irán más allá de esta laguna. Si el Hombre Sabio no les hubiera dado órdenes para guiarlos, ellos no habrían ido tan lejos. Dicen que los *riowa* blancos no son hombres de verdad sino fantasmas. Los fantasmas blancos que destruirán a cualquiera que entre a su territorio.

—Bueno, ¡más pruebas de que se trata de las compañías petroleras! —dijo la Dra. Renken gruñendo—. Ven Roberto, ¡éste es el viejo truco del libro! Asusten a los nativos haciéndoles pensar que el área está embrujada. Aléjense, ¡o los fantasmas los atraparán!

—No es un cuento, —Roberto veía nerviosamente las sombras alargadas a lo largo de la orilla—. La aldea que pasamos dicen que está vacía porque los fantasmas sacaron a la gente. Y dos de su mismo grupo desaparecieron la última vez que vinieron.

—Quizá deberíamos reconsiderarlo —empezó a decir John, pero la Dra. Renken lo interrumpió—. ¡Tú no, John! Por lo visto, a los aldeanos no les gustó la invasión y decidieron irse. O se pusieron a trabajar en el lugar de las excavaciones.

La expresión impasible de los cazadores claramente indicaba que no iban a cambiar de opinión.

—Está bien, ellos pueden quedarse aquí con la canoa. Nosotros vamos a ir a tomar nuestras fotos. Cuando volvamos, voy a llamar a Eduardo. Él tendrá que encontrarnos y recogerlos. De ninguna manera volveremos al anochecer. No, ¡tú no, Roberto! —agregó violentamente cuando el intérprete estaba metiéndose a la canoa—. Es posible que te necesitemos.

—Pero yo no sé nada de la jungla —respondió protestando—. Siempre he vivido en la ciudad. Esto es una tontería. Sin un guía, todos nos perderemos allí.

—Oh, no, no nos perderemos. John, trajiste el *GPS*, ¿verdad?

La unidad de *GPS* que John sacó de la bolsa de su cámara era la última edición deportiva Motorola, un poco más grande que un teléfono celular. Buscando sus coordenadas actuales en la pequeña pantalla, el fotógrafo tecleó en la dirección que los cazadores indicaron. Poniéndose la cámara en el hombro, alcanzó el portafolio de la Dra. Renken.

—Deja eso allí —dijo ella—. Ellos dijeron que no faltaba mucho y no quiero ir arrastrando esto por la jungla. No vamos a necesitarla hasta que llamemos al avión. Ella vio a uno de los cazadores que estaba mirando el maletín de vinilo. —Antes de irnos —le dijo

a Roberto—, sólo asegúrate que estos tipos entiendan que serán hombres muertos si tocan eso.

Roberto les hizo la advertencia, luego se quitó la ropa que aún tenía puesta y fabricó un taparrabos de un pedazo de tela de algodón que encontró en la canoa, lo cual lo hizo parecerse sorprendentemente a sus parientes de la jungla.

Al bajar de las canoas, el pabellón de la jungla se cerró a su alrededor; las columnas altas y rectas de los árboles y el cielo verde del pabellón era tan invariable que sin el GPS, los tres se habrían perdido casi inmediatamente. Pero el camino a pie era fácil, ya que el denso pabellón arrojaba un brillo permanente en el suelo de la selva, lo cual impedía que hubiera maleza.

La Dra. Renken tomó la delantera, el fotógrafo tranquilamente la corregía cuando se apartaba del camino trazado en el GPS. Roberto avanzaba en la retaguardia, descontento e inconforme, con su taparrabos temporal y los zapatos del traje que no se había quitado. Cualquiera que fueran las similitudes externas, sus pies que se desarrollaron en la ciudad carecían de la piel áspera que les permitía a sus primos de la jungla deambular descalzos sobre piedras y cardos.

Tal como era de esperar, el camino era más largo de lo que habían indicado sus guías nativos.

—A este paso ¡va a estar muy oscuro para filmar! —dijo la Dra. Renken, encolerizada y haciendo a un lado una vid que estaba colgando.

Pero unos cuantos pasos más produjeron una sonrisa de satisfacción: —¡Bien, bien! ¡Miren esto!

—¡Es un camino! —exclamó Roberto—. Pero aquí . . . ¿cómo podrá ser?

—¡Las compañías petroleras! —respondió la Dra. Renken. ¡Muchos dólares! También concreto. No puedo imaginarme cómo metieron esa clase de equipo aquí. Y miren, cuán amplia es. ¿Qué estarán planeando? ¿Una autopista?

Ella se salió de la sombra de los árboles y de la orilla. John la agarró del brazo antes de que ella llegara al concreto. —¿Estás loca? ¿Estás esperando descubrir a esta gente y quieres entrar directamente por su puerta principal? Tú eres la jefe, Winnie. Pero ¿no crees que sería un poco más discreto quedarnos fuera de su vista?

Haciendo que los otros dos volvieran a la jungla, John tomó la delantera, guiándolos por los grandes árboles, en un camino de zigzag, con el simple propósito y velocidad que, de cualquier forma, los mantenía paralelos al camino de concreto. Con sor-



presa, la Dra. Renken admiraba sus movimientos rápidos y silenciosos.

—Oye, John —le dijo—. ¿Dónde aprendiste . . . ?

El fotógrafo se detuvo tan rápidamente que ella se paró en sus talones. Se volteó y la agarró de los hombros.

—Mira —le susurró furiosamente—, quizá tú crees que esto es un paseo en el parque, ¡pero no lo es! Esto es estúpido y peligroso. Así que, si no te importa, me gustaría llegar allí, tomar tus fotos y salir . . . sin ser visto ni oído. ¡Así que, por favor, *cállate!*

La boca de la Dra. Renken se abrió del susto, luego la apretó y se calló. Sumisa, obedeció. Unos cuantos pasos después, John le hizo señas para que se detuvieran.

—¡Una cámara de vigilancia! —les señaló sombríamente—. Esta gente no quiere visitantes.

Sus cejas se fruncieron mientras examinaba los bosques tranquilos que los rodeaban.

—Tengo un sentimiento extraño acerca de esto —dijo John—. Quizá sólo deberíamos volver ahora mismo. . . .

—No sin mis fotos —la Dra. Renken ya estaba avanzando, ignorando la cámara—. ¡Allí está el lugar de excavaciones! —exclamó con tono de triunfo—. Y ¡tú qué sabes! Allí están nuestros indios. ¡Vaya fantasmas! Ellos están trabajando para las compañías petroleras, ¡los delincuentes! Ven, John, graba esto con la cámara.

De repente, ella se interrumpió mientras el fotógrafo llegaba a su lado, Roberto iba atrás, caminando a regañadientes. —¡Dios mío! John, ¿es éso lo que creo que es?

Por un largo rato nadie se movió ni habló. Entonces el fotógrafo, buscando su cámara, lo formuló con palabras. —¡Esto no es un lugar de excavaciones!

La Dra. Renken se hizo hacia atrás, estupefacta, mientras el temor se apoderaba de ella. —John, ¡tenemos que salir de aquí!

No se oyó su consentimiento. La Dra. Renken sintió el agujijón a un lado del cuello, aun cuando veía que la cámara caía de las manos de su compañero. Podría haber sido, en particular, un mosquito agresivo o incluso una avispa. Pero cuando sacó el pequeño dardo con su mano, ya podía sentir los efectos circulando por sus venas, tomando sus cuerdas vocales, de manera que no podía gritar y sus miembros se convertían en cosas pesadas de madera que no la podían sostener.

A través de la penumbra que aumentaba —¿o era niebla?— se escuchó una voz en tono demandante de un interrogatorio. Pero

las palabras eran confusas e ininteligibles, como una cinta de audio que toca demasiado rápido. Cuando las manos duras la levantaron del suelo, ella podía sentir las vagamente, ya casi no podía ver ni sentir.



Juan Quintero estaba parado en la veranda cuando vio a los buitres que revoloteaban al amanecer. Eran demasiados para andar buscando su comida de la mañana. No, la muerte había llegado a su rancho durante la noche y no podía esperar que hubiera sido sólo un animal salvaje, o incluso alguno de los perros más viejos o gatos del rancho. Su suerte había sido mucho más devastadora que eso.

—¡Celia!

El rugido hizo que su esposa saliera disparada de la casa. La preocupación llenaba sus ojos a medida que veían a las aves circulando deliberadamente encima del horizonte oriental. No era necesario hablar. Poniendo su taza de café y su arepa a medio comer en las manos de su esposa, Juan salió corriendo de la veranda.

La brisa del amanecer tenía un olor dulce y todavía hacía frío, cuando él salió hacia el camino. Los pájaros cantores y otras pequeñas criaturas gorjeaban suavemente en el monte. Una camada de cochinitos que estaba bajo los árboles de mango agregaba su propio coro doméstico a la mañana. Su rancho estaba en una tierra bella. Una buena tierra.

El padre de Juan había traído a su familia aquí en los años setenta, cuando la reforma agraria todavía estaba ofreciendo tierra gratis a cualquier campesino que fuera lo bastante valiente y que tuviera hambre para afrontar la jungla y sus peligros. Al paso de los años, la familia Quintero había enfrentado a las bestias salvajes, a los mosquitos y a todas las plagas que llegaron con ellos: Malaria, tifoidea, fiebre amarilla. Como cualquier familia de hacienda, parecía que el cementerio había crecido más rápidamente que los campos de siembra.

Pero ahora Juan tenía doscientas hectáreas que podía reclamar como propias. Había plátano y banano por el camino que ahora recorría de prisa. Más allá, había campos de arroz, un área de yuca y arbustos de café, llenos de fruta madura. Su casa hecha de bloque era pequeña, pero estaba nítidamente pintada de blanco y era firme para soportar los monzones; su porche tenía techo de losa y era amplio, como para colgar las hamacas durante el calor del mediodía.



Sí, era una buena vida la que ellos se habían forjado en la jungla.

Pero ahora había otros enemigos, aparte de la naturaleza, que amenazaban la paz que con esfuerzo se habían ganado en este lugar. Los guerrilleros, que catalogaban de “capitalistas” y de “opresores” a hombres como él, que habían pagado con sudor y sangre por su tierra. Los paramilitares, supuestos escuadrones de defensa que decían proteger a la gente común de los guerrilleros, pero sus tácticas de vigilancia eran frecuentemente más despiadadas que las de los guerrilleros. Y también, los mismos militares que habían abandonado a su destino a sus compatriotas, a quienes ellos juraron proteger, mientras permanecían detrás de la seguridad que ofrecían sus barricadas y torres de vigilancia.

A medida que Juan se alejaba, los buitres se convirtieron en un grupo negro que se retorció en el suelo. Se tapó la nariz por el hedor a carne podrida. ¿Qué golpe le había dado la mala suerte esta vez? ¿La mula? ¿Uno de los cerdos que le quedaban? Por lo menos, sus hijos estaban bien en sus hamacas.

Los buitres se elevaron con un revoloteo de enojo, mientras él se acercaba y vio que su premonición del mal no estaba fuera de lugar. Sin embargo, la comida alborotada no era un animal. Había tres de ellos, con los brazos y piernas extendidos, boca abajo en el suave barro de la ribera. Los buitres habían roto la ropa y la carne, pero los cuerpos sin vida estaban intactos.

O casi.

Juan arrancó unas ramas para hacer un palo, que utilizó para voltear el cuerpo que tenía más cerca, el cual estaba casi desnudo, con un taparrabos que usan los campesinos más pobres o los indios de la jungla. Su estómago se le revolvió por el desastre que las hormigas habían hecho de la cara y el pecho del hombre muerto. ¿Quiénes eran estas almas desafortunadas? ¿Rebeldes abatidos y abandonados por soldados de una patrulla? ¿Sospechosos simpatizantes de la guerrilla, que fueron asesinados por los paramilitares? ¿O simplemente ciudadanos inocentes que se vieron atrapados en el fuego cruzado de todos estos? No tenían heridas de balas visibles. Ni señales visibles de lo que había causado sus muertes.

Ellos no habían muerto aquí. Eso era seguro. Los tres tenían lodo, pero no la arcilla amarilla de la orilla del arroyo. Tenían tanto lodo que los pantalones cortos y las camisetas de los otros dos, apenas mostraban su color original y su pelo estaba enmarañado y de color café, con una oscuridad como si los cuerpos hubieran sido volteados boca arriba en el barro.

Luego, algo más llamó la atención de Juan y el sudor frío de su náusea aumentó. El pelo de los otros dos mostraba raíces más claras por debajo de la suciedad. Mucho más claras. Y la base de la piel, en la base del cuello, que no había sido tocada por el sol ni por los buitres, era tan pálida como una luna llena.

Al voltear los dos cuerpos, Juan tragó bilis, mientras examinaba los restos de estos rasgos en ruinas. Aun entre los estragos de los insectos, no había duda. Estos dos eran extranjeros. Peor aún, uno era mujer.

Esto tenía que ser reportado; era seguro que alguien vendría a buscar a gente como esta.

Pero ¿reportarlo a quién?

La base militar que reclamaba autoridad sobre esta zona quedaba a un día entero de viaje en mula. El comandante de las FARC estaba mucho más cerca y sus seguidores habían dicho claramente a los agricultores que cualquier cosa, fuera de lo común en el área, debía ser reportada a él. Pero si Juan obedecía, sólo se ganaría acusaciones por parte de los paramilitares de que estaba colaborando con los guerrilleros. Cualquier camino que tomara, todos se le vendrían encima.

Juan, desesperadamente, empezó a maldecir. ¡Qué injusto era esto! Que él tuviera que escoger. La verdad era que no deseaba aliarse a ninguno de ellos. Todo lo que quería era que lo dejaran en paz para trabajar su tierra, luchando solamente contra los elementos y la violenta naturaleza. ¿Era eso mucho pedir?

El campesino se calmó, tomando varias respiraciones profundas. Había otra opción. Hacer lo que le habían hecho a él y simplemente mover los cuerpos a otro lugar. Entonces, fuera que los encontraran o no, ya no le concernía a él.

Los buitres regresaron mientras él fue a buscar su mula.

Cuando Juan volvió, el animal se opuso a la carga hedionda que se le había puesto en el lomo, pero la bestia era vieja y no era fácil de asustar. Juan alejaba a los buitres mientras ataba los cuerpos y llevó, finalmente, a la mula por el camino. Respiraba con más facilidad al cruzar el límite del rancho.

Un resoplido de la mula fue su primera advertencia. Luego escuchó los rápidos golpes de caballos que se aproximaban. Abandonó a la mula y se metió como pudo debajo de la maleza que rodeaba el sendero. Un grupo de jinetes pasaba por una curva que estaba delante de él. Hubo las exclamaciones del caso cuando los jinetes descubrieron a la mula. Se quedaron montados mientras buscaban al dueño entre la maleza, sin ganas.



Juan no se movió. ¿Qué autoridad representaban? No pudo adivinar. Militares, FARC, escuadrones de vigilancia: Todos usaban el mismo uniforme de batalla y armas de aspecto letal.

El campesino no salió sino hasta varios minutos después de que los jinetes habían recogido las riendas de la mula y habían desaparecido por el sendero. Entonces corrió para su casa. Se habían ido, pero tarde o temprano tomarían el tiempo para encontrar al dueño de la bestia de carga confiscada. Regresarían y él podía estar seguro de que le echarían la culpa por las tres muertes.

Una hora más tarde, Juan Quintero se paró en las gradas del portal para hacer un examen final del pequeño rancho que una generación de trabajo duro, sacrificio y amor se había forjado en un entorno inhóspito. El sol había quemado la frescura del amanecer, pero los pájaros todavía gorjeaban las canciones de la mañana y los cochinitos gruñían alegremente, debajo de los árboles de mango. Los buitres habían desaparecido y los pastos permanecían exuberantes y tranquilos, más allá de los bosques de banano y café.

Restregándose los ojos, Juan se puso su mochila al hombro y tomó a su hijo más pequeño de la mano. Luego, asintiendo con la cabeza les indicó a sus otros hijos y a Celia que lo siguieran. Los llevó por el sendero que salía de su casa, para unirse al mar de refugiados que fluía a causa de la guerra civil en Colombia.

Esta oficina no tenía totalmente el peso de la oficina oval que estaba por el pasillo. Aún así, su ocupante estaba acostumbrado a cierta deferencia, consideración, y más que todo, al reconocimiento de lo valioso que era su tiempo. James Whitfield, el asesor de seguridad nacional del presidente, no toleraba para nada a los que interrumpían su apretado calendario por cosas sin importancia.

Aun cuando esas trivialidades incluyeran las muertes de ciudadanos americanos en el extranjero.

Al tirar el montón de carpetas en el gran escritorio de caoba, que era una medida de su importancia en este establecimiento, miró a los tres visitantes que descansaban en las sillas de cuero que estaban al otro lado.

—Aquí tengo otra explosión de bomba en Jerusalén. Una solicitud para que extendamos nuestras fuerzas de seguridad para detener el último conflicto tribal en el sur de Afganistán. Una amenaza reciente en contra de nuestras embajadas en el norte de África.





»Paquistán e India están agitando sables nucleares otra vez. China está jugando a la guerra, otra vez, en la frontera con Siberia, sólo que esta vez han invitado a Corea a jugar con ellos.

Con cada declaración, tomaba una carpeta y luego la tiraba, con mayor énfasis, en otro montón nuevo.

—He estado en reuniones toda la mañana con tres de esos embajadores, sin mencionar a la Secretaria General de las Naciones Unidas que, como una mujer típica, cree que su trabajo es limpiar el desorden en el que el mundo se encuentra, sin la ayuda de nadie. Y que los Estados Unidos corran con los gastos, ¡por supuesto! Tengo dos embajadores más en camino en este mismo minuto y después enfrento a un comité de defensa. Están protestando por la venta de equipo militar ruso a todos los terroristas del tercer mundo que pueden pagar el dinero.

»Así que, quizás ustedes podrían decirme, ¿por qué les estoy dando los quince minutos que he logrado tomar para almorzar, sólo porque algún turista americano tonto decidió no ponerle atención a todas las advertencias que hemos dado a las embajadas y dejarse matar por guerrilleros colombianos? Yo sí veo CNN. Y leo sus conferencias de prensa. Ninguno de ellos asocia el incidente a una guerra inminente. O a una agitación internacional. Ni mucho menos a un cambio de política con el gobierno colombiano. En otras palabras, ¿no existe una sola buena razón para que esto no fuera archivado en mi escritorio junto con el resto de estos reportes!

Whitfield era tan grande como su escritorio y casi del mismo color. Era un hombre gigante. Muchos suponían que había sido un jugador de fútbol, aunque lo más cercano a eso fue el equipo de fútbol de la Academia Naval. La ferocidad de su ceño fruncido había hecho que los *Marines* temblaran en sus botas talla doce. Pero sus tres visitantes manifestaban poco interés en las venas que sobresalían en su sien y en los otros síntomas de aumento de presión sanguínea.

Charles Wilson, director de la Oficina de Políticas de Control Nacional de Drogas, intercambió una mirada irónica con sus dos compañeros, antes de reincorporarse ligeramente. —Nosotros no estaríamos haciéndote desperdiciar tu hora de almuerzo si esto no fuera urgente y tú lo sabes, Jim. Así que sólo retira tu mente del emparedado de pavo por algunos minutos y escucha.

—Lo que necesitamos discutir —agregó en voz baja el hombre que estaba a la derecha de Wilson—, no lo escucharás en CNN.

Martin Sawatsky, director de la Agencia Central de Inteligencia, era un hombre delgado, discreto y de mediana altura. Más parecía un contador de alguna oficina de abogados y no la cabeza de la red de inteligencia más poderosa del mundo y allí estaban los que se quejaron por lo confusa que había sido esa impresión.

—Esos turistas muertos que aparecieron ayer. Bueno, el hecho es que no eran turistas. Ni eran exactamente ambientalistas, que era la razón aparente de su presencia allá. Por lo menos, no todos. Uno de ellos era nuestro.

—¿Qué quieres decir con *nuestro*? ¿Tuyo? —preguntó Whitfield de manera demandante—. ¿O *tuyo*? Su mirada colérica se movió hacia el hombre que tenía enfrente, el General Brad Johnson de *SouthCom*, el Comando Militar Norteamericano del Sur. Luego, hacia Wilson, el zar de las drogas. —¿O *tuyo*? ¿Estamos hablando de espías o de operación especial? ¿Y quién estaba enterado de esto? ¡Quiero datos concretos!

—Bueno . . . —respondió Charles Wilson lentamente cuando el General Johnson lo interrumpió de manera abrupta.

—Lo que estamos viendo aquí es un patrón, Jim. Por eso es que vine desde Miami tan pronto como me enteré de las noticias. Este es el tercer incidente en Colombia, en los últimos tres meses, donde hemos perdido bienes americanos. El problema es que desconocemos la razón. Creo que tenemos una situación seria en nuestras manos.

La mirada de Whitfield no se sosegó. —¿Qué clase de situación sería? ¿Interna? ¿Externa? ¿Nuclear? Y ¿cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿El año que viene? —agregó deliberadamente, mirando su reloj—. Y ¿qué tiene que ver con tus turistas muertos, ambientalistas o quienquiera que fueran? Uno de los cuales resulta que es 'nuestro'.

—¡Basta! —el general levantó la mano para detener el discurso—. Mira, Jim, será mucho más fácil si sólo podemos hacerte un resumen desde el principio —dijo firmemente. Johnson era pequeño y delgado mientras Whitfield era enorme, prueba de que el tamaño no era el criterio más importante para el Cuerpo de la Marina en el que ambos habían servido. Había conocido al otro hombre mucho tiempo, para dejarse intimidar por su volumen o tamaño—. Sin embargo, vamos a necesitar más que estos quince minutos que te permites tomar para almorzar.

Whitfield pudo observar una expresión muy seria y luego otra. No había pasado por los campos minados de la burocracia militar y de la política sin aprender a detectar los problemas.

—Susan —gritó mientras golpeaba el interruptor de su



intercomunicador—, dile a los paquistaníes que los pasaremos para el viernes. Y no aceptes ninguna insolencia por parte del Embajador de Omán en cuanto a que la India está recibiendo un trato preferencial.

Volvió a su sillón reforzado, hecho a su medida. —Soy todo oídos, te escucho Brad. Dispara.

—Tú sabes, por supuesto —dijo Johnson—, que el Comando del Sur es responsable de todas las actividades militares norteamericanas al sur de la frontera mexicana. Al momento, entre la guerra contra narcóticos y la creciente situación de la guerrilla, Colombia es nuestro principal dolor de cabeza —el general titubeó, enfrentando el dilema de resumir rápidamente la montaña de información de un experto. —Yo no sé cuánto te han informado sobre la situación de Colombia.

—Yo sé que es tensa —dijo Whitfield sin rodeos—. Sé que ellos tienen drogas y guerrilleros. Mucho de las dos cosas. Desde allí, mejor si te las arreglas para empezar desde el principio.

—Está bien. Para empezar, Colombia no merece la mala cobertura de prensa que recibe. De acuerdo, ellos siempre han sido un poco inciertos en lo que a estabilidad interna se refiere. Pero en general, han sido uno de nuestros aliados democráticos más estables en el hemisferio, desde el mismo Simón Bolívar. De hecho, durante el auge panamericano en los años sesenta y setenta, Colombia era el modelo de la región. El ingreso per cápita estaba aumentando. La economía prosperaba con docenas de industrias nuevas, agregadas al café tradicional y a las esmeraldas. Los sistemas de salud y educación eran un modelo para una nación en vías de desarrollo

El general, inconscientemente, había adquirido el tono pedante del instructor de ciencias políticas que alguna vez fue en Quántico, estado de Virginia. Interrumpió con una leve sonrisa. —Puedes leer la enciclopedia tan bien como yo, Jim. El asunto es que el lugar estaba funcionando bien. Claro, había guerrilleros. Los rusos y Castro habían estado pregonando su tipo de revolución marxista en América Latina durante los últimos cuarenta años, pero en Colombia, al menos, los campesinos dijeron no. Ellos tenían más que ganar aceptando las tierras cedidas por la reforma agraria, o simplemente, enviando a sus hijos a la escuela, subiendo en la escalera económica, como lo hicimos los americanos un siglo atrás.

—Entonces apareció el auge de la cocaína y la guerra de las drogas.

Acercade la Autora



JEANETTE WINDLE, periodista y autora cristiana, se crió en los pueblos rurales de Colombia, donde sus padres sirvieron como misioneros. Se graduó de Christiansen Academy en Venezuela y de Prairie Bible College en Canadá. Después de casarse, Jeanette y su esposo, Martín, se trasladaron a Bolivia, donde Jeanette sirvió ministrando a mujeres y niños en alto riesgo. Luego vivieron en Miami por varios años y ahora viven en Akron, Pennsylvania, con sus cuatro hijos. Una de las pasiones de Jeanette es el desarrollo de escritores cristianos alrededor del mundo; por eso ha dictado seminarios y enseñado a muchos escritores en varios países.

Jeanette es la autora de *Kathy and the Redhead* (*Kathy y la Pelirroja*), una novela juvenil basada en sus propias experiencias en Suramérica, de los seis libros de aventura de la serie Parker Twins (*Los Mellizos Padilla*) y de una novela para adolescentes, *Jana's Journal*. Además ha escrito tres novelas de suspenso político: *CrossFire* (*Cruzada de Fuego*), la presente *Zona de Despeje* (*The DMZ*) y *Fire-Storm* (*Tormenta de Fuego*). Ha sido galardonada con varios premios, entre ellos el Deserted Island Choice Award de 2005, otorgado por ficción cristiana sobresaliente.

Para mayor información acerca de Jeanette Windle y sus libros, busque www.jeanettewindle.com.

